



VARIEDADES



PRECIO
30
CENTAVOS

W. Cantaral

ENCARGUITO DIFICIL.

Deshacer el enjuerto que ha hecho Hughes de manera tan fea, y lidiar con los rotos... Pues prefiero otra guerra europea.

OBSEQUIO SEMANAL DE UN RELOJ DE ORO



Esta Revista en su deseo de corresponder al creciente favor que le dispensa el público, obsequia semanalmente, por medio de sorteos que se realizan todos los miércoles ante el Notario Público Don Manuel Chepote, un magnifico reloj de oro de 18 K. estilo pulsera, de la acreditada marca "VULCAIN".

CUPON QUE DA OPCION AL SORTEO DE
ESTA SEMANA Y QUE DEBERA UD. CONFRONTAR PARA, EN CASO DE RESULTAR FAVORECIDO, RECLAMAR EL OBSEQUIO.

Nº 5314

Depósito de Petróleo E. M. PATRONI

(FRENTE A LA FACTORIA DEL ELECTRICO)

351—TELEFONO—351

APARTADO DE CORREO 1757

Petróleo crudo filtrado por toneladas y en cilindros

Este Depósito cuenta con un carro tanque de ferrocarril, de su propiedad, lo que le permite tener fuerte existencia a disposición de su clientela.



Director: Clemente Palma

CASA EDITORA M. MORAL

Gerente: J. S. Patroni

DE JUEVES A JUEVES

Quando el gobierno de los Estados Unidos resolvió ofrecer su amistosa intervención a los gobiernos del Perú y Chile, para solucionar el diferendo que distanciaba a estos pueblos, y que constituía una causal de malestar y de inquietud en el continente sud-americano, hay que suponer que estaba perfectamente informado de todos los aspectos y características del asunto, y, por consiguiente, enterado de que el anhelo de la reincorporación al Perú de las provincias de Tacna y Arica, arrebatadas en la paz, a pretexto de un tratado que las cedió temporalmente, es ya una religión, una mística patriótica en el alma de la nación peruana, y, como todas las místicas, es un nexo que establece la unidad sentimental y emotiva en el alma nacional, encima de todas las divergencias de criterio político que puedan separar a los hombres. Si acudimos al árbitro americano, es por que a la luz de toda honrada concepción de justicia y de derecho internacional, sabemos, como lo sabe todo el mundo, cuando prescindimos de otros órdenes de consideraciones, que la única solución de justicia posible es la que, cualquiera que sea el camino que se siga, devuelva al Perú lo suyo. Y pensamos que a ello, se oriente la decisión formulada en el laudo.

El árbitro ha creído más correcto el respeto al texto del tratado de Ancón, desestimando todas las razones que hemos alegado para probar su impracticabilidad como fórmula reparadora de la justicia y del derecho conculcados. Perfectamente. El árbitro ha asumido la enorme responsabilidad de cumplir esa justicia siguiendo el camino señalado en la tesis chilena; y como Chile durante doce años ha venido preparando la chilenuzación de nuestras provincias, expulsando a los peruanos, robándoles sus propiedades urbanas y rurales, asesinandoles y maltratándoles, esa responsabilidad del árbitro se acrecienta con la urgencia de neutralizar todas esas maniobras tendientes a desvirtuar el plebiscito a que el juez arbitral, nos invita, o mejor dicho que nos impone. Por mucha que sea la confianza que tengamos en la honorabilidad del árbitro, no obstante la dureza con que nos ha tratado, y la parcialidad manifestada hacia Chile, es de lo más justo que, antes de someter la suerte de nuestras provincias a las vicisitudes de un plebiscito de probidad aún nebulosa, antes de poner a prueba de vida o muerte, esto que es un culto patriótico que tiene todos los fervores de una religión nacional, lo meditemos muy bien y que el gobierno, poniendo el oído en el corazón de la patria, se inspire en las palpitaciones del alma nacional. Y así lo está haciendo, y es una necesidad que un diario americano prestigioso comentando todas estas cosas, nos venga a advertir que causarían mal efecto en el gobierno americano el que salgamos con "posturas". Poco ha de importarnos el efecto que cause en el gobierno americano nuestras actitudes que tienen que responder a nuestro interés y a nuestros derechos antes que al juicio que puedan merecer allí donde hay el deber de escucharnos y de atendernos.

El abogado chileno Mr. Lansing también en un reportaje que se le hiciera se vanagloriaba de haber obtenido el triunfo de todos los puntos de vista chilenos y de que el Perú no haya obtenido sino muy poco. Como esta es la hora de hacer la crítica al gobierno del Perú por parte de sus enemigos políticos, se censura que no hubiéramos tomado a este abogado, cuando se puso en subasta, y nos ofreciera sus servicios, claro que pidiendo un honorario exagerado. En verdad no creemos que los servicios de este señor—quien dicho sea de paso, si no estamos trascordados, es aquel secretario de Estado al que Wilson despidió por infidencias o actos inconvenientes—nos habrían sido de mayor utilidad. Repetimos nuestra opinión arraigada de que el fallo no ha sido el resultado de las defensas y alegatos—que sólo han servido de meros puntos de referencia—sino que ha sido la consecuencia de una línea de política americana de antemano trazada en lo referente a la cuestión del Pacífico.

62

Al compenetrarse el gobierno del Perú del sentimiento público y de la opinión predominante para resolverse a que la suerte de nuestras provincias se juegue en ese plebiscito que los Estados Unidos deben acondicionar para que los derechos del Perú queden resguardados, tiene que decirle al país que se nos han acordado las garantías esenciales para que el plebiscito no sea una burla sangrienta a la que se nos ha llevado mansamente. Sin esas garantías el Perú no puede ni debe concurrir al plebiscito, y de que ellas se acuerden depende sin duda el nombramiento del alto funcionario peruano que debe integrar con el general Pershing y el representante chileno señor Agustín Edwards la Comisión Plebiscitaria.

La primera y principal garantía, la que llamaríamos básica, es la desocupación de las provincias de Tacna y Arica de las autoridades militares, policías, gendarmerías y hasta civiles, como se ha hecho en los recientes plebiscitos derivados de la guerra europea, pues no se concibe que el voto de los peruanos pueda ejercitarse con entera libertad bajo la presión de los interesados en continuar poseyendo el territorio robado. La brutal chilénización por la coacción y el terror continuaría durante el período plebiscitario, como está continuando ahora, y la gente del campo que mantiene sus sentimientos peruanos se vería cohibida con la amenaza de una masacre posterior, que sería el castigo de haber expresado en su voto el anhelo del regreso a la patria legítima. El árbitro ha contraído una seria responsabilidad al haber declarado en la parte considerativa del laudo que la chilénización o sea la desperuanización violenta y brutal era un derecho inherente a la soberanía que, dice, ejercía Chile en esos territorios. Consecuencia lógica de esa declaración tiene que ser el que supongamos que mantiene, en la ejecución de la sentencia, ese monstruoso criterio, y en ese caso no podemos, sin mengua de nuestra dignidad o sin ser un país de mentecatos, acudir a un plebiscito. Esa declaración absurda, reforzada con la aseveración de que no hemos probado suficientemente nuestro aserto de las violencias chilenas, nos impone la obligación de reclamar la seguridad absoluta de que no se nos lleva a un plebiscito informado en el criterio de que la coacción es lícita. Y esa seguridad sólo puede darla la eliminación absoluta de las autoridades civiles y militares chilenas. Y sólo a partir de esa desocupación es que pueden contarse los plazos estatuidos en el laudo, porque sólo desde ese momento es que se nos presenta la expectativa de un plebiscito honorable, resguardado por la honorabilidad de la nación que lo preside. Consecuencia de ello es también la rehabilitación de los peruanos residentes en las provincias y que han sido expulsados, a fin de que se les cuente la residencia que la expulsión interrumpió.

También establece el laudo que entre los eliminados para ejercitar el voto plebiscitario están los condenados por delitos comunes. Esto sería muy justo si no hubiera la circunstancia de que uno de los recursos empleados por la chilénización ha sido el de atribuir a los peruanos caprichosamente cualquier delito para cohonestar la expulsión y el robo de sus propiedades. Antes de que comenzara la chilénización, o sea antes de 1910, en todos los ramos del trabajo eran preferidos los peruanos en todo Chile, por su honradez, laboriosidad y buena índole. Después resultaron ser ladrones, inmorales, estafadores, etc., para los efectos de la expulsión. Estas sentencias *ad hoc* debemos pedir también que no sean tomadas en consideración. Y, por último, los cinco años de residencia que el laudo exige a cierto grupo de votantes, deben ser acreditados con la prueba fehaciente de la ocupación, industria o profesión que han ejercitado durante ese tiempo.

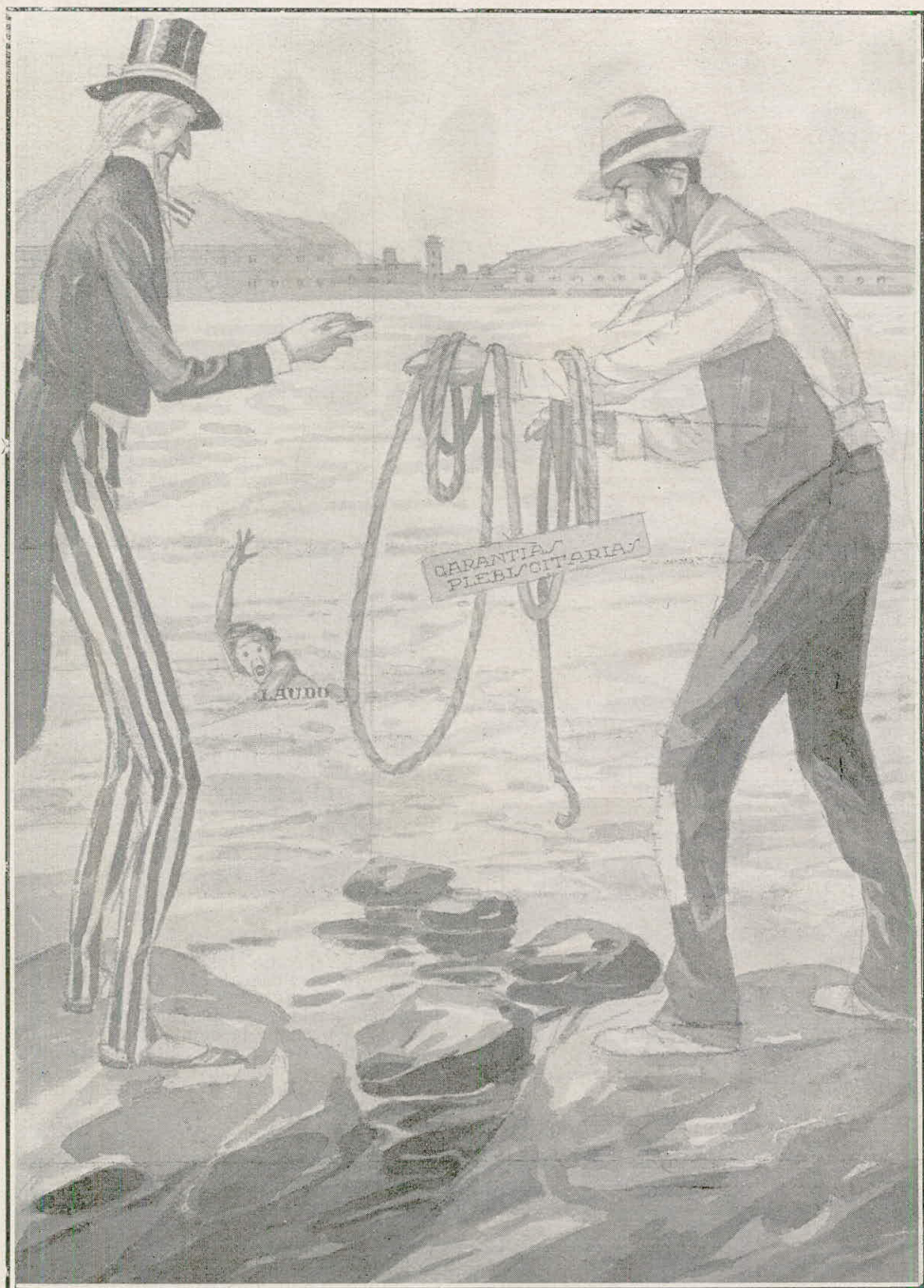
Si estas garantías, que desde el primer momento deben existir para dar carácter de seriedad y rectitud al plebiscito, son acordadas—sin perjuicio de las que haya que pedir a la Comisión Plebiscitaria después—puede el Perú concurrir a esta última y definitiva prueba de patriotismo con grandes probabilidades de ver coronada la abnegación y patriotismo de sus hijos, con la reincorporación al seno de la patria de las provincias usurpadas durante cuarenta años.

Pensamos sinceramente que los Estados Unidos deben tener el mayor interés en que la solución final sea la que responda a la justicia, porque es la única solución que puede prestigiar su intervención en los asuntos de los pueblos hermanos de América. De otro modo habría fracasado porque, repetimos, también sólo cumpliéndose la reparación que se nos debe podremos creer que se ha restablecido la tranquilidad en Sud-América. Puede estar seguro el presidente Coolidge que si la intervención amistosa de los Estados Unidos ha sido falaz y destinada a sacrificarnos, maldeciremos siempre el momento en que tuvimos fe en la honorabilidad y americanismo del mayor de nuestros hermanos del continente. Y no habrá mandatario peruano que sea capaz de firmar la reanudación de las relaciones amistosas con Chile. Antes se quemaría la mano como Scévola... ¿Será esa clase de paz, minada por odios y rencores acrecentados con la burla, la que podrán querer el gobierno de los Estados Unidos y Mr. Coolidge que impere en esta sección del globo? Sinceramente creemos que no.

692

CHIRIGOTA

RIO CARGADO

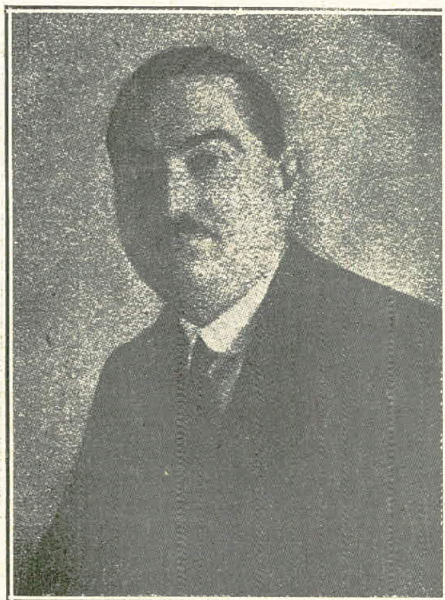


—Tío Sam, o le tira usted la soga
a su chico, malicio que se ahoga.

UNMSM-CEDOC

EL PLEBISCITO DE TACNA Y ARICA

613



El gobierno de los Estados Unidos ha designado al general John Pershing, jefe supremo del ejército de la Unión y una de las más destacadas personalidades de ese país, para presidir la comisión que organizará y controlará el plebiscito que, según el fallo de Mr. Coolidge, ha de decidir de la futura suerte de nuestras provincias de Tacna y Arica.

Por su parte, Chile ha nombrado al conocido político y diplomático, Don Agustín Edwards, como su delegado.

Damos los retratos del presidente Alessandri y de los delegados nombrados.

- 1.—Generalísimo Mr. John Pershing, delegado de los Estados Unidos y presidente de la comisión que controlará el plebiscito de Tacna y Arica.
- 2.—Don Arturo Alessandri, presidente de Chile, que ha regresado a su país y reasumido el mando supremo de él.
- 3.—Don Agustín Edwards, delegado de Chile, a la comisión plebiscitaria.

DON PEDRO LOPEZ ALIAGA

Don Pedro López Aliaga, fallecido el lunes en Lima, era una de las personas de más selecta sensibilidad y más rica cultura artística del país. Desde su juventud se distinguió por las nobles cualidades de su inteligencia y de su espíritu. Fué amigo íntimo de tres ilustres artistas peruanos: Carlos Baca Flor, Luis Astete y Concha y José María Valle Riestra. Con Astete, sobre todo, lo unió una amistad verdaderamente fraternal.

Sus viajes por Europa afinaron su temperamento, completaron su cultura y educaron su gusto. Le permitieron, además, formar la más valiosa colección privada de cuadros que hay en el Perú. En esta colección están representados varios grandes pintores antiguos y muchos eminentes pintores modernos. El señor López Aliaga la expuso, casi íntegramente, hace cerca de dos años, en los salones de la Filarmónica.

Durante muchos años, escribió el señor López Aliaga, con el pseudónimo de Sinfónicos, críticas musicales que le dieron merecida reputación.

Acreditó entonces en público las innatas virtudes de crítico que en los círculos de artistas y "amateurs" eran ya conocidas y estimadas. Sus juicios sobrios y penetrantes tuvieron una autoridad insuperada hasta ahora.

El señor López Aliaga, comprendía y sen-

tía la música como tal vez ninguno de sus contemporáneos. Su cultura musical era al mismo tiempo muy antigua y muy moderna. No fué nunca un avaro de sus conocimientos. Puso, antes bien, su capacidad al servicio de la educación musical de su ciudad. Fué uno de los organizadores de la Sociedad Filarmónica y, por largo

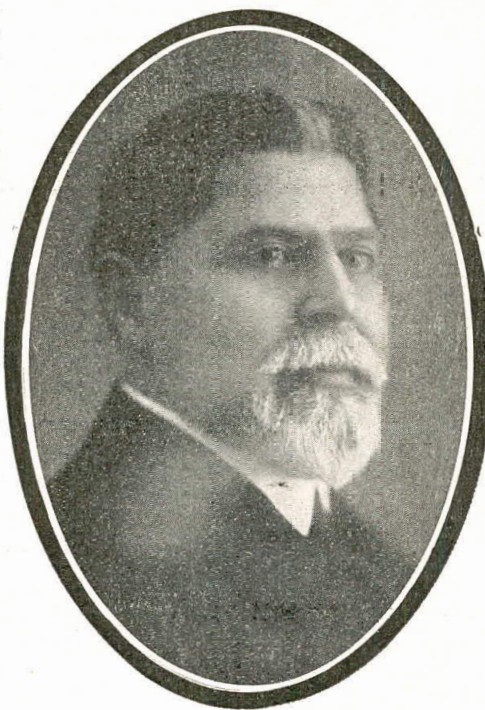
tiempo, el más activo de sus directores y animadores. Tomó parte, como violoncellista, en muchos conciertos. Poseía una magnífica colección de instrumentos de música.

Pertenecía a una distinguida familia. De su estirpe había heredado exquisitas dotes de caballero. En su espíritu gentil e hidalgo se adunaban todas las excelencias del antiguo limeño.

Casado con la señora Teresa East, extensamente vinculado en la ciudad, lo rodeaban sinceras y hondas simpatías.

Desde hacía veinte años desempeñaba cumplidamente el cargo de Tesorero de la Universidad de San Marcos. De 1920 a 1922 tuvo en Roma el puesto de primer secretario de la Legación del Perú, ante el Quirinal.

Por la nobleza de su corazón, la rectitud de su carácter, la calidad de su talento y la generosidad de su espíritu, deja en todos los que lo trataron un recuerdo dilecto.



Don Pedro López Aliaga

"VARIEDADES"

LA MEJOR REVISTA NACIONAL

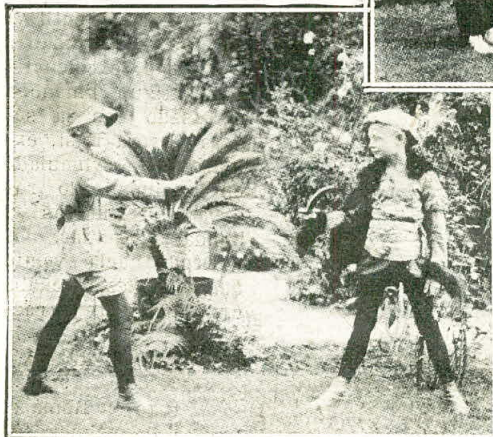
Una bella fiesta Infantil

615



interesantes y atractivos, que fueron entusiastamente aplaudidos por el numeroso público que acudió al generoso reclamo de los organizadores, evidenciándose así, una vez más, el espíritu filantrópico de nuestra sociedad y las simpatías que despierta la colectividad germana, tan vin-

A beneficio de los niños pobres de Alemania, se verificó el domingo último, en el Leuro, una bella fiesta infantil, organizada por un grupo selecto de damas y caballeros pertenecientes a la laboriosa colonia alema-



culada a nuestro progreso económico.

Ofrecemos varios gráficos, por demás sugestivos, de tan bella fiesta.

na, secundado por caritativas damas peruanas.

Tomaron parte en la fiesta, niños de las principales familias alemanas residentes en Lima y bañerios, representando hermosos cuadros vivos, diálogos y sketches



NUEVO BACHILLER



En una de las últimas sesiones de la Facultad de Ciencias Matemáticas, ha optado el grado de bachiller, el distinguido ex-alumno don Andrés García Ortiz.

El señor García ha sobresalido, durante sus estudios, por su contracción y aptitudes especiales y, al poco tiempo de egresado de los claustros, dedicóse a la enseñanza de su ramo, en el Colegio de San Luis Gonzaga de Ica y en el Instituto de Lima, de esta capital, con marcado éxito.

UN VIOLINISTA PRECOZ

Pepito Purizaga y Echeagaray es un niño de diez años de edad, hijo de una familia de músicos. Su padre es profesor en el Colegio Nacional de San Luis Gonzaga de Ica, donde ha servido durante algunos años. Pepito Purizaga, no obstante su poca edad, toca el violín con seltura y buen sentido musical, facultades muy difíciles de conseguir a su edad.

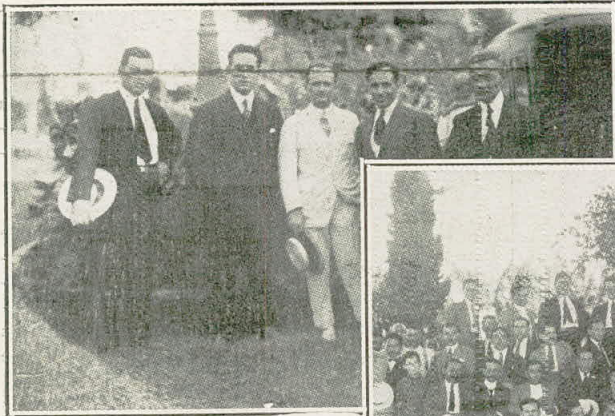
Hace algunos días que Pepito estuvo en esta casa y nos ofreció una audición, cuyo programa estuvo formado por algunas piezas de moda y una serenata de estilo clásico, piezas que ejecutó con maestría. También Pepito acompaña al piano y bajo la dirección de su padre lo hace muy bien.

En nuestra fotografía aparece Pepito, y en el ángulo la fotografía del maestro Purizaga, que se siente muy contento de los adelantos de su hijo y discípulo, que ya en el departamento de Ica se ha hecho aplaudir en audiciones públicas.



Fiesta del Club "Mauser"

67



gozaron instantes de sana alegría y buen humor, haciendo los honores a un magnífico buffet y practicando lucidos ejercicios de tiro.

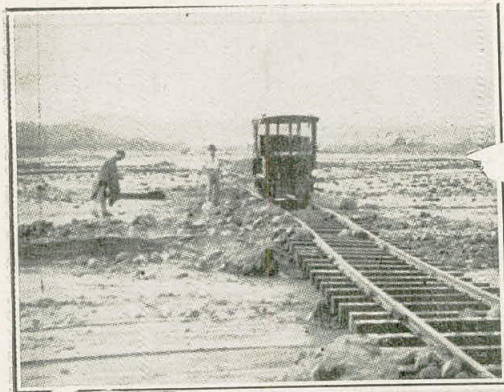
En el local del Club "Bellavista", tuvo lugar, el domingo último, una interesante y animada fiesta organizada por los socios del Club "Máuser", de Tiro al Blanco.

Los asistentes al agasajo,



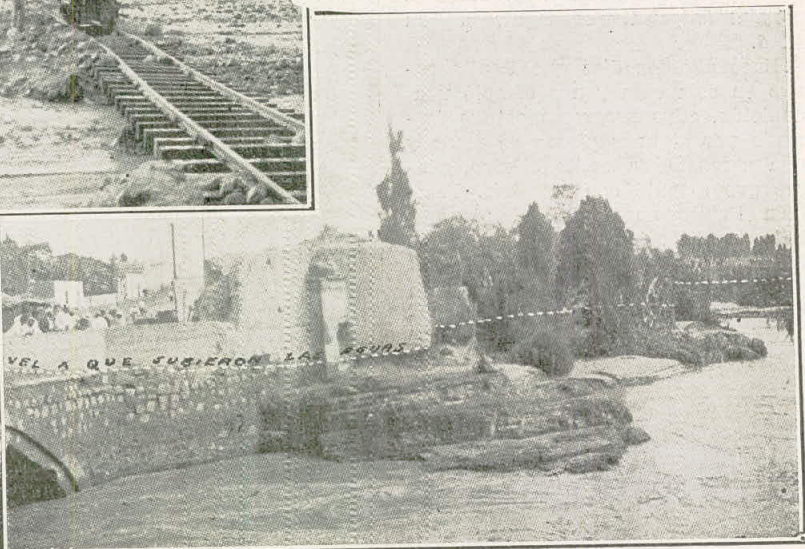
LAS AVENIDAS EN HUACHO

Tampoco la ciudad de Huacho y las poblaciones vecinas a ella, han escapado a la acción destructora de las fuertes avenidas y crecientes de los ríos de la costa peruana. Las fotografías que ofrecemos, permiten apreciar la magnitud de los destrozos efectuados por las aguas.



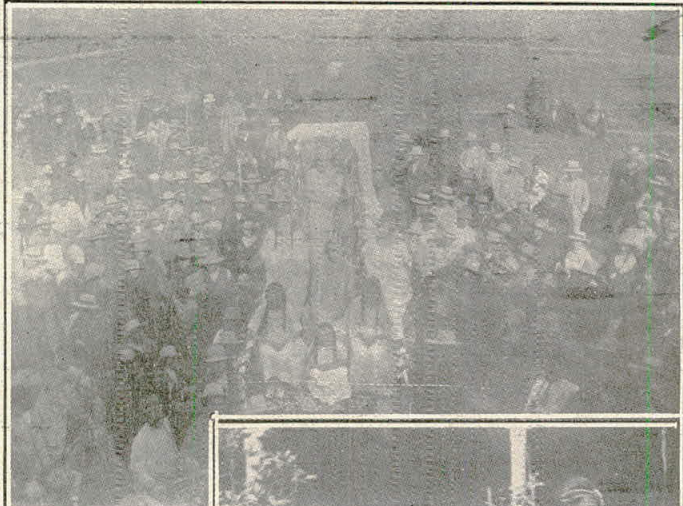
La Industria y Vilcahuaura inundados por las aguas.

El puente de Huaura que estuvo en peligro de desaparecer. Las casas vecinas, en número de siete, se han venido a tierra.



(Fotos: GAMIO.)

EL CARNAVAL EN HUAMACHUCO



Berta I, Reina de la ciudad de Huamachuco.—Un aspecto del carro y de la concurrencia de la gente de campo.

En la progresista ciudad, en que viera la luz "el Tribuno de la República Peruana", don José Sánchez Carrión, ha sido celebrado el Carnaval, con brillo singular, efectuándose vistosos desfiles alegóricos, presididos por la bella majestad que reinó durante las fiestas de la Alegría con rendimiento absoluto de sus súbditos.



A la derecha: Berta I, reina de la ciudad.—A la izquierda, Austragilda I, reina del Trabajo.

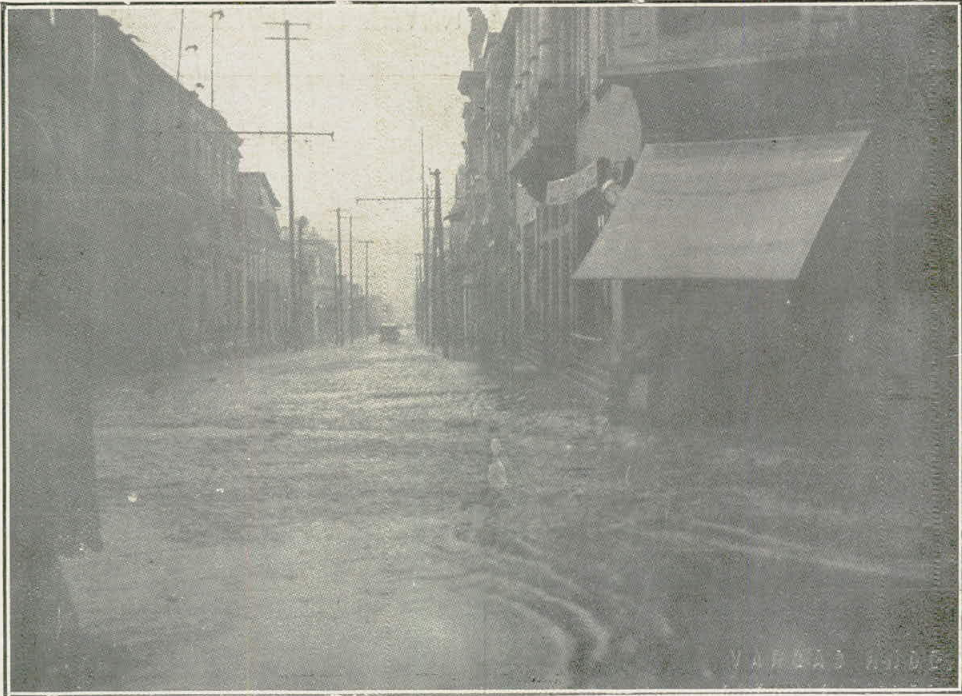


Otro aspecto del carro en la Plaza de Armas

Una velada literario-musical, en honor de la Reina Berta I, y a la que asistiera la rei-

na del Trabajo, Su Majestad Austregilda I, fué el número sobresaliente del atractivo programa de festejos. Se hizo derroche de buen humor y entusiasmo durante los tres días, pudiendo afirmarse que no hubo una sola nota discordante.

LOS DESASTRES EN AREQUIPA

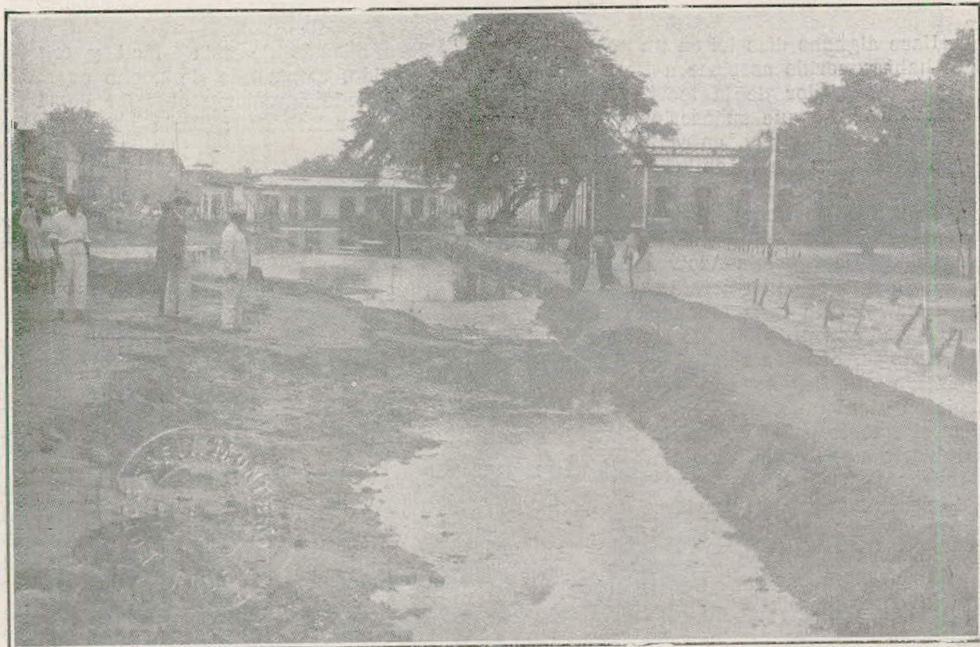


Damos dos interesantes fotografías de Arequipa, que muestran aspectos de los desastres sufridos por la bella ciudad mistiana a causa de las formidables lluvias y las fuer-



tes crecientes de los ríos en toda la región. Como se sabe el fenómeno que ha sido general en toda la costa del Perú y el Ecuador, ha revestido caracteres singulares en Arequipa.

LLUVIAS E INUNDACIONES EN PIURA



Destrozos causados por el río, en el barrio del Mercado



Aspectos de la creciente del "Piura", en los barrios populares del Tacalá y 24 de julio



Los destrozos en el Panteón

Gracias al celo y diligencia extraordinarios de nuestro corresponsal gráfico en Piura, don Pedro N. Montero, podemos ofrecer a nuestros lectores las interesantes vistas que aparecen en estas páginas, y que reproducen los efectos desastrosos que las

lluvias torrenciales y las crecientes enormes del "Piura", han realizado en la ciudad de Pizarro. Puede decirse que este fenómeno ha producido tantos o peores daños que la catástrofe sísmica que arruinó la histórica urbe del Norte, en 1912.

ANDAR A OSCURAS

Hace algunos días leí en un periódico que se había querido asesinar a Einstein, el famoso divulgador de la teoría de la relatividad. Decíase que su asesino era una muchacha rusa, la que, entre las muchas cosas que la policía le obligó a declarar, dijo que Einstein no se llamaba así sino Azow (nombre de un mar), y explicó además su atentado diciendo que era en castigo de una traición que Einstein-Azow había hecho en 1905 a una cofradía ácrata.

Seguramente si la muchacha rusa hubiera logrado su propósito de matar a Einstein, los sabios, con esa relatividad de apreciación que les es característica, hubieran deplorado el incidente, y no precisamente porque Einstein haya descubierto una teoría, sino porque es el responsable de ella; porque ha echado sobre sus espaldas la tarea de exhumar y condimentar de manera científica una teoría tan vieja como el mismo Matusalén: Tengo para mí que con dos dedos menos de ciencia, Einstein habríase llamado Pero Grullo.

Quisiera explicar ampliamente lo que la teoría de la relatividad significa; pero, por desgracia, aquello de **los rayos de luz dicidentes** y de **las dos balas de cañón disparadas contra el Sol**, me parecen verdades especiosas. Yo he llegado a explicarme de manera prudente y práctica toda la teoría de Einstein en una de estas oscuras noches en que está sumida Lima por causa de las aguas.

Creo que con sólo enunciar la abundancia de agua y los trastornos que ocasiona en los servicios de luz y de fuerza hay motivo para dar base a la teoría, que un estudiante de Lógica quizá enunciaría así:

Toda abundancia de agua es benéfica, pero el agua ha hecho daño a Lima; ergo, los beneficios del agua son relativos.

Pero además de esta fácil y ergotista conclusión, caminando de noche es cuando mejor puede apreciarse el valor de la teoría de la relatividad: Tenía yo, por ejemplo, el más acabado concepto acerca de la igualdad perfecta en la superficie de los girones asfaltados que hay en esta ciudad, y al recorrerlos a la luz de los faros de los automóviles, heme convencido de lo contrario. Es decir, bajo la luz del sol, que es la que en casi todos los casos nos disuade de errores visuales, no he podido descubrir este error, y sí a favor de la oscuridad. El caballero que en las noches oscuras ha salido con su esposa a dar un paseo por la ciudad no ha dejado de notar seguramente que había momentos en que al pasar una calle a otra le parecía que su esposa estaba a más altura que él, y en otras ocasiones se encontraba sin saber cómo algunas pulgadas más alto que ella. Y el caballero, tranquilo y poco aficionado a devanarse los sesos, pensaba un momento en el caso y mirando hacia abajo culpaba a las sombras del error.

—¡Pero si yo he visto asfaltar la calle!, exclamaba para sí. Y, sin embargo, tenía que caminar con mucha cautela para no dar una pisada mala. Y seguía creyendo, no obstante que las calles son parejas.

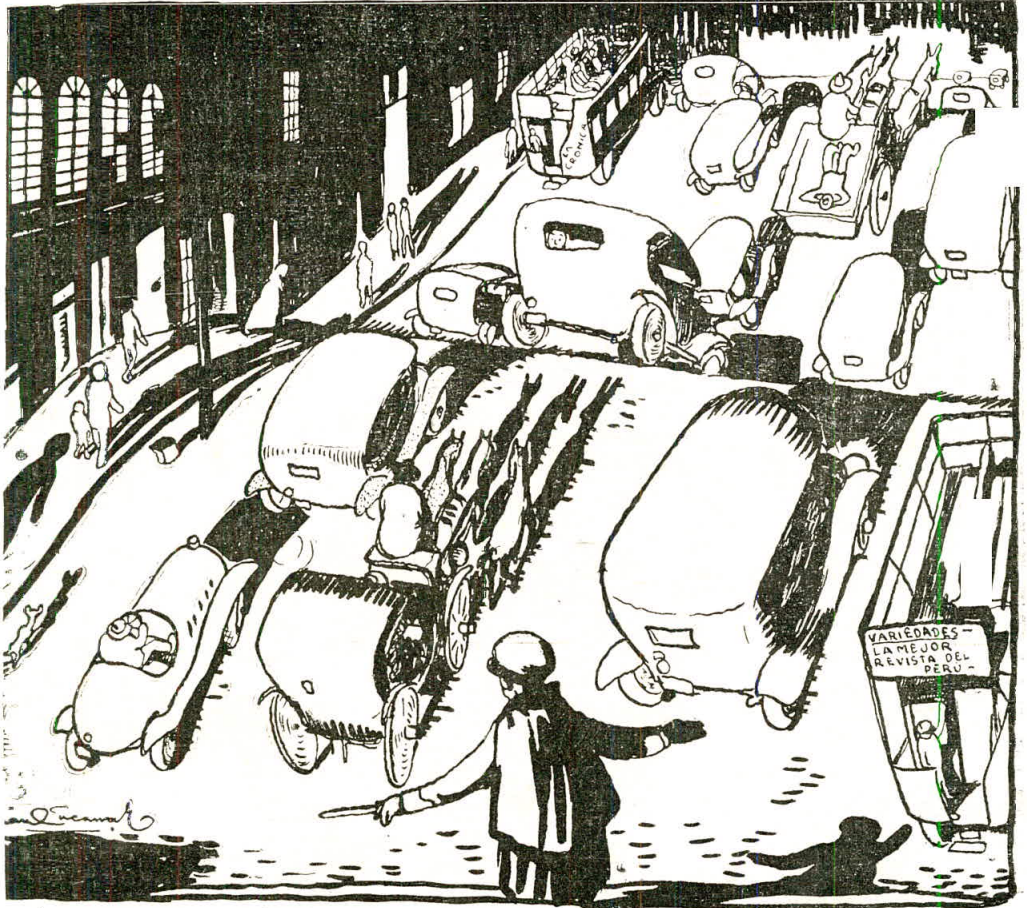
También ocurría que los que pasaban en automóvil se hacían igualmente la ilusión de que iban sobre un terreno perfectamente nivelado y que la imperfección de las máquinas es la que provocaba esos peque-



ños saltos que tanto molestan; pero ¡oh inaudito poder de la relatividad de las cosas!, los que íbamos a pie veíamos los profundos baches a la luz de los automóviles, y veíamos también cómo los automóviles pasaban rebotando sobre la calzada a toda máquina, como monstruos locos caminando en las tinieblas.

Y respecto a estas desigualdades del terreno que es imposible de advertir a pleno

adivinaban la profunda incomodidad que ocasionaban a los peatones la potencia de sus faros, que herían demasiado intensamente las pupilas dilatadas por la oscuridad. Había alguno de estos automóviles en que parecía haber un chauffeur burlón o mal intencionado que proyectaba un haz de luz intensísimo sobre los ojos del transeunte y le hacía detenerse completamente ciego en el camino.



sol y que se ven perfectamente de noche, recordamos una vieja anécdota que tiene cierta relación de relatividad con lo que antecede: Un hombre apostaba a otro a que no haría con los ojos abiertos lo que él hiciera con los ojos cerrados. Llegó el momento de verificar la prueba y el hombre cerró los ojos y se frotó aji molido sobre ellos; después de lo cual, sacudiendo el aji, abrió los ojos y pidió a su contrincante que hiciera lo mismo con los ojos abiertos.

También llamaba la atención algún ómnibus que con un faro por delante, como un Cíclope, pasaba trepidando horrorosamente. A su paso, los que iban en él no

Alguna vez al pasar por una calle se encontraba uno con un joven que parecía ir muy satisfecho porque llevaba una linterna; pero a pesar de su optimismo se veía muy bien que el pobre caminaba penosamente, poniendo una mano a guisa de pantalla ante los ojos y estirando los pies con mucho tiento, de la misma manera como lo hacen los ciegos. Iba el hombre con su linterna preocupado, cuando al volver una esquina un bulto se echaba sobre él:

—¡Usted perdón!, decía un desconocido alejándose después de haberle propinado algunos pisotones.

El hombre de la linterna se alejaba tam-

bién pensando en que, para caminar de aquella manera, hubiera hecho mejor en dejar la linterna en su casa.

Creo que una o dos noches aparecieron en el jirón de la Unión, ocho o diez individuos sirviendo de lampadoforios, con unos candiles carnavalescos que proyectaban sobre la calle, de sobra oscura, un denso

calie, y no es cierto; la Municipalidad, o quien fuere, hizo cálculo de que lo mismo que en carnaval sirve para divertir a la gente puede prestar servicios en un momento de necesidad, y no es cierto. De todo esto se deduce que el talento de aplicación es muy relativo puesto que confunde los efectos lamentablemente. Un cirujano que



penacho de humo negro y mal oliente.

—¡Las cosas que se le ocurren a la Municipalidad!, exclamaba la gente riéndose de la disparatada manera de dar luz a los transeúntes.

Desde luego, la teoría de la relatividad parece que no tuviera nada que hacer con estos hechos, pero con un poco de buen humor analicemos y a la postre podremos decir: El hombre que camina con una linterna cree que porque ésta alumbrá perfectamente en su casa, debe alumbrar en la

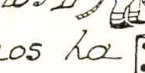
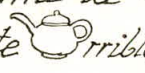
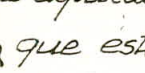
utilizase una tenaza de sacar clavos para extraer un diente, tendría un talento muy relativo; porque, pese a la relatividad y a Einstein, cada cosa tiene en la vida su aplicación característica, al lado de la que nada valen las teorías. La necesidad no admite más que una solución: ser satisfecha, y las teorías, las disculpas, no son sino embrollos para nuestra inteligencia y jamás medios eficaces para la vida y la buena marcha de la sociedad.

(Ilustraciones de Raúl Vizcarra.)

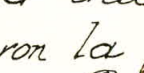
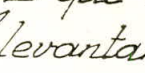
Señor Loleser Lima

Mi querido compañero:

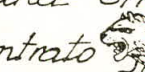
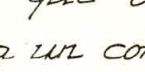
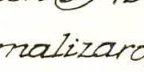
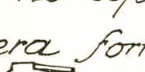
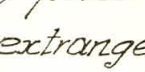
Le escribo la pte con temblorosa me
acertando a explicarme la D los D y



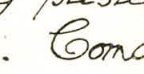
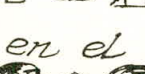
que este horrible nos ha
Des D que C tricio fue



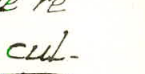
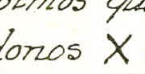
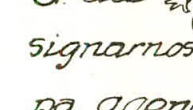
Los levantaron la de la
huelga; pues no soportaron que una em-



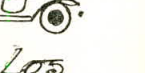
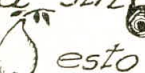
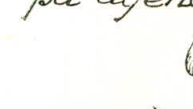
extranjera formalizara un contrato
firió con el y pusiese su poder



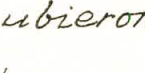
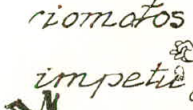
en el. Como resultado de esto,
C. ad otros gremios y tuvimos que re-



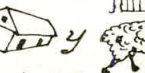
signarnos al paro que donos X cul-
pa ajena sin y lo que es peor sin



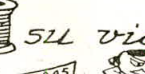
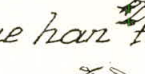
esto es con con Los
riomatos que hubieron. rios con



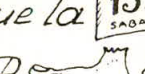
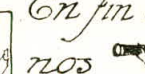
impetie en su avance sin con vinieron
y poniendo en A a muchos de sus



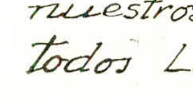
habitantes, los que han tenido en un su vida
stada. En fin es que la



y que nos con D dad y con
nuestros nos D. que nos

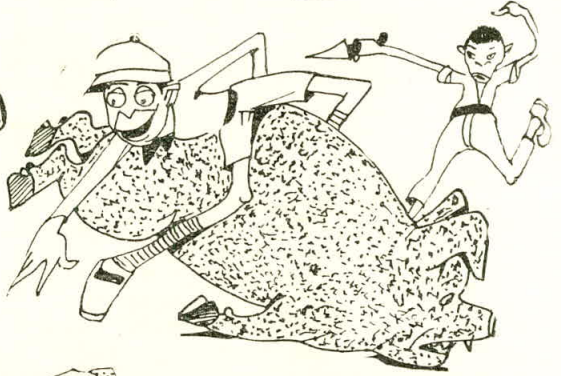
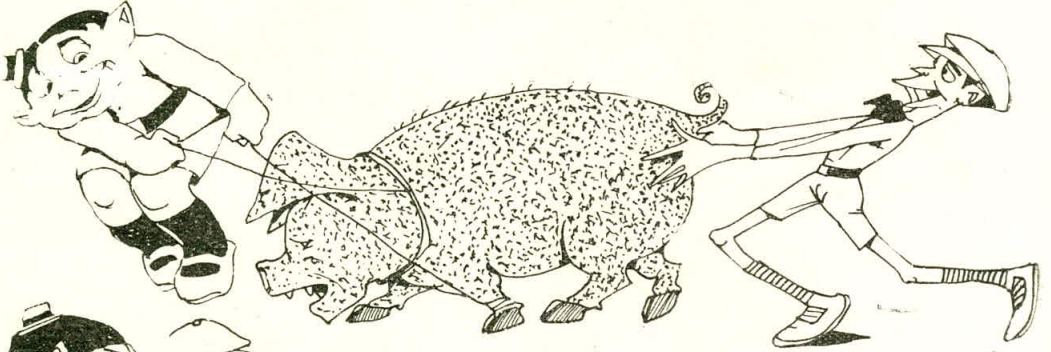
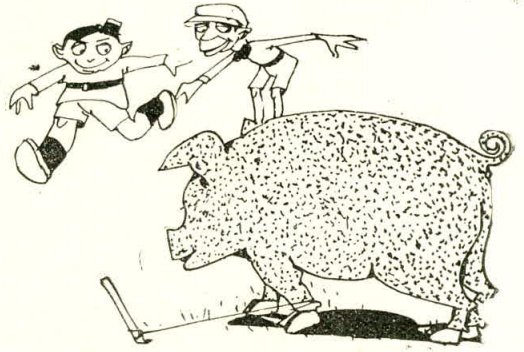


todos Los



Su muy oho.
Armando Gresca

MATAPERRADAS DE GORDETE Y CALAMBRITO



L A S U E R T E M A Y O R

No sabía por qué había amanecido aquella mañana con una gran nerviosidad, tenía miedo de coger cualquier cosa, como si se le fuese a quebrar entre las manos. No atinaba a hacerse el nudo de la corbata, él que durante treinta años lo había hecho casi mecánicamente, sin pensarlo, a la misma hora, para luego ponerse el chaleco, y el saco, e ir después a llamar a do-

estómago de mucho alcohol, de tanto que por fin se murió, dejándole a él, huérfano, y con una pobre viejecita a quien tenía que sostener. La pobre viuda había tenido que pasarse con él dos mortales años, tras de los ministros y los funcionarios públicos, rogando que le diesen un empleo, hasta que al fin lo había conseguido, en aquella oficina, que tanto le hacía sufrir.



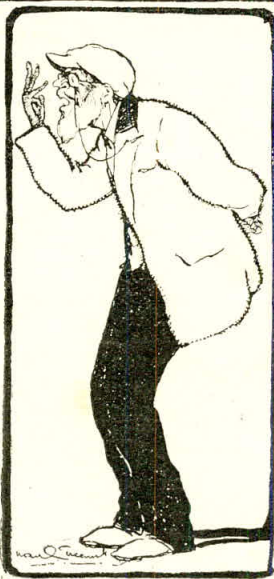
ña Nicolasa, la vieja sirvienta de la casa, encargada de darle su café con leche, sus dos panes con mantequilla y "El Comercio", único diario que leía. Después de tomar el desayuno encaminábase pausadamente a su oficina. ¡Oh la maldita oficina! Aquella sucia covacha, llena de grandes libros, que él paciente-mente tenía que llenar de números. Pero lo peor de todo no estaba en los libros! Y don Ambrosio, su jefe, aquel viejo gruñón y antipático, que por la **menor falta lo amenazaba de expulsarle**, sin acordarse de los largos servicios prestados, aquel viejo canalla y ruin, que lo insultaba groseramente por un solo minuto de atrasos. ¡Y Rosas, aquel jovencito, siempre bien vestido, limpio y alegre, que ganaba tanto como él, que iba a la oficina cuando quería con el único objeto de hacer de él la burla más cruel y única, burlándose de sus menores gestos y palabras; aquel jovencito sin corazón, cuyas estúpidas gracias festejaban los empleados y aquel jovencito holgazán y sinvergüenza, a quien el jefe no decía nada por ser el "recomendado" del ministro.

¿Y los otros empleados? ¿Todos ellos no coreaban a Rosas en sus burlas? ¡Oh, qué asco!, con qué gusto estrangularía á todos, a todos!, sin perdonar ni al portero, que tan cachazudamente saludaba al entrar.

¿Hasta cuándo duraría esta vida?

Treinta años hacía que había tenido que soportar esta existencia, callado y con la sonrisa en los labios.

El había sido pobre, muy pobre, desde que nació. Su padre empleado en un ministerio, se había pasado la vida sentado delante de muchos papeles, llenándolos siempre con su letra menudita. Su única satisfacción en la vida, había sido llenarse el



El había sido testigo de lo horroroso que era formar un hogar, sin el suficiente dinero para sostenerle, él había visto los apuros y los llantos de su madre, cuando la cena se reducía a un poco de pan y agua. Lo impresionó de tal manera esa vida horrible que juró no casarse nunca, sino lo podía hacer, por lo menos con relativa holgura.

Su Teresita, aquella muchachita tan bonita a quien tanto había querido, la mujercita con la que hubiese querido formar su hogar, se cansó de tanto esperar y se casó con o-

tro. Aquello le había hecho sufrir mucho, pero al fin terminó por resignarse.

Debido a su falta de carácter no pudo nunca surgir, y viendo que sólo "sacándose la suerte" se podía librar de una situación tan triste, había designado de su mísero sueldo una cantidad, destinada a comprar siempre la lotería.

Desde que conoció a su Teresita, había tomado esta costumbre. Rogaba a Dios con todo su corazón, que se sacase aunque fuese tan sólo cinco mil soles, para poderse casar. Pero el tiempo pasaba, su cabeza se iba poniendo gris, y la suerte no venía. Poco a poco fué perdiendo la fé y siguió

comprando los números de la lotería, por costumbre únicamente.

Y aquella mañana, estaba tan nervioso, sin razón alguna, ¡nervioso él!, qué ridículo le parecía aquello!, cuando sus treinta años de sufrimientos callados y de humildad, le habían templado los nervios. ¿Qué iría a suceder? ¿Talvez iría a merirse? ¡Mejor!, ¿para qué un vivir tan mezquino? Ya no hacía falta a nadie, su viejecita había muerto una mañana casi sin que él lo advirtiese. Su dolor fué enorme, el único ser a quién le contaba sus penas, el único de quien recibía consuelos, ya no existía! ¡Qué pena tan grande le daba pensar todo esto!, con qué gusto hubiera querido darle nueva vida a su pobre anciana, para tenerla a su lado y poder llorar juntos. ¡Qué nostalgia tan terrible sentía de aquel seno maternal que, con tanto cariño le había recibido y sobre el cual había llorado tanto, tanto que hasta las lágrimas se le agotaron!

¿Pero para qué pensar en todas estas cosas tristes?

¿Iba acaso a evitar lo realizado ya?

La voz de doña Nicolasa le sacó de sus pensamientos.

—¡El desayuno, señor!, hace más de una hora que está allí, y debe estar ya helado.

Callado, fué hacia la mesita, donde estaba la taza de café con leche y los panes con mantequilla. "El Comercio" esperaba su turno silenciosamente, con aquel silencio espantoso de las cosas sin vida.

Después de tomar su desayuno cogió "El Comercio", y empezó a hojearlo melancólicamente; de pronto su vista se fijó en el sorteo del día anterior, el número premiado estaba allí con gruesos caracteres; 13325, recordó que

sus números los tenía en su cartera y pacientemente los sacó.

Casi se cae de espaldas, cuando al

desdoblarlos, vió con caracteres rojos: 13325.

¡Se había sacado la suerte mayor!

¡Cómo le palpitaba el corazón!

¡Sentía que las fuerzas lo abandonaban! ¡Ya era rico! ¡Por fin después de treinta años de paciente espera, tenía su premio!

De súbito le vinieron deseos de salir a la calle, diciendo a voz en cuello que se había sacado la suerte! Estaba ya pronto a hacerlo, cuando se puso a reflexionar pacientemente. El resultado de sus reflexiones fué que mejor sería callarse.

Se gozaba de antemano con la sorpresa que iba a tener el viejo gruñón de su jefe, cuando lo viese en su automóvil propio, fumando un rico puro, él que tanto tiempo hacía que fumaba los horribles cigarrillos amarillos, por ser los más baratos, ¿y el jovencito Rosas? ¡Vamos! A ver si ahora se burlaría de él!

—Ja... ja... ja...—una risa nerviosa lo ahogaba!

El reloj marcó de pronto las ocho, a esa hora acostumbraba estar ya sentado en su oficina, llenando los libros de números. ¡Ya no iría más!, no, mejor iría por última vez, iría para decirle a sus compañeros de trabajo lo que verdaderamente pensaba de ellos. Iría para insultarle y tirarle su empleo en la cara, al viejo gruñón de su jefe.

Cogió su sombrero y corrió febril a su oficina, apretando contra su pecho, la cartera en que guardaba su tesoro.

Ya estaba allí el jefe, preguntando colérico por él.



El jovencito Rosas, le esperaba con una nueva palabra irónica.

Entró soberbio y orgulloso, cuando siempre lo había hecho humilde y callado, en espera de los reproches y de las burlas.

—Ya le he dicho más de mil veces— murmuró el jefe no bien lo vió—que no quiero que los empleados lleguen tarde, esta es la tercera vez en una semana que Ud. lo hace, es ya intolerable!, va Ud. a ser despedido si esto continúa así, ya no puedo soportar su holgazanería!

—¡Silencio, so viejo menguado!, ya estoy harto de soportar sus gritos y sus injurias!

Don Ambrosio se quedó perplejo al ver tal atrevimiento. ¿Qué era lo que oía? Pérez, el empleado más humilde y obediente, aquel desgraciado de quien todos hacían burla, usaba tal lenguaje?, ¡aquello era increíble!, se limpió nerviosamente los oídos con los dedos, para oír mejor, e interrogó:

—¿Qué es lo que ha dicho Ud.?

—Lo que ha oído, so viejo canalla, estoy harto de Ud., he decidido terminar de una vez, y si he venido es para decirle que su empleo mísero, se lo puede Ud. guardar donde mejor le plazca.

Don Ambrosio no pudo contenerse más.

—¡Fuera miserable, fuera, antes de que lo destroce!

Rosas, junto con los otros empleados, veían atónitos la escena que se desarrollaba a su vista. La voz de don Ambrosio seguía dejándose oír ruidosamente.

—¡Largo de aquí!, malagradecido, canalla, no quiero volverle a ver en mi vida, fuera, fuera!

Pérez trémulo y soberbio respondió:

—Que el diablo se lo lleve so viejo ruin!, y volviéndose a Rosas y los otros empleados, dijo: Y a Uds. también! Luego salió majestuosamente de la oficina.

No bien había caminado unos veinte pasos por la vereda, se encontró con García, empleado de otra sección del ministerio.

—Hombre, ¿qué te parece?, te lo digo a tí por que sé que siempre compras números de la lotería, ¿no sabías?, lo que nunca ha sucedido viejo!, los periódicos se han equivocado en la cifra de la suerte mayor. ¡El premio es el 23325!

FIN

(Ilustraciones de Raúl Vizcarra.)

A B E L U L L O A S O M O C U R C I O

Cómo la Autosugestión Consciente Disipó de mi Vida el Temor, la Zozobra, la Tristeza y las Enfermedades.

“Yo estaba hipocondriaco, o sea víctima de una tristeza habitual, de una melancolía perenne causada por obstinada preocupación acerca de mi salud. Mis amigos me llamaban “el tético”, pues nunca me veían contento. Las congostas que sufría a causa de mi salud y de muchas otras preocupaciones me hacían huir de mis amistades y buscar la soledad favorita del melancólico. Para mí no había más que penumbra en todas partes, y mi espíritu estaba siempre sobrecogido por el desconuelo y el pesar que me dominaba.

“Un día en que mi tristeza era mayor, un buen amigo me regaló un libro titulado “La Filosofía de la Autosugestión Consciente”, diciéndome: “Lee esto y luego dime qué te parece.” Apenas había leído unas cuantas líneas de aquel libro cuando me sentí profundamente interesado, y leí sus páginas en pocas horas, y después lo leí de nuevo. Cuando terminé su lectura el mundo me parecía otro y me sentí más feliz que nunca ante el pensamiento de que había encontrado un remedio al mal que aniquilaba mi espíritu. Entonces decidí practicar la filosofía que aquel libro ense-

ñaba y transformar así mi misera vida. Así lo hice, y hoy me veo libre de preocupaciones, de desconuelos y de pusilanimidades; he recobrado la alegría y la felicidad. Salgo por la mañana lleno de decisión y regreso por la tarde satisfecho de haber realizado cuanto me propuse y con el ánimo contento y confiado. Ya no me apena ni mi salud, que es ahora excelente, ni nada de lo que antes me agobiaba tanto. En realidad, ahora disfruto más de los placeres de la vida en una hora de lo que podía antes gozar en muchos meses; la penumbra se ha disipado y en su lugar brilla la esperanza y el contento. La salud, el contento, la determinación de ir adelante, la tranquilidad de espíritu y el bienestar de que disfruto se lo debo todo a “La Filosofía de la Autosugestión Consciente.”—H. Z.

NOTA.—Si el lector desea recibir un ejemplar del libro cuya lectura benefició tanto al Sr. Z., sírvase enviar sus señas a la “New York State Publishing Company, Dept. 278L Rochester, N. Y., E. U. A., y se le enviará sin costo ni obligación para usted.

LA TURQUESA EMBLEMÁTICA

I

Una vez, visitando el museo de un caro amigo mío en la ilustre ciudad de los Reyes, como se llama Lima en la heráldica del coloniaje, después de admirar a mi sabor los múltiples e indescriptibles frutos de la cerámica incaica y las joyas de oro repujado que, aquí como allá, tentaron la codicia de los conquistadores, mi amigo puso en mi mano la joya más preciada de su museo particular: una turquesa tan larga como las dos últimas falanges del dedo meñique y de su propio grosor, que representaba, claramente, en uno de sus aspectos, una momia humana recogida sobre sí misma, en la clásica postura hierática del simbolismo incaico, y, volviéndose del revés expresaba, con la sobriedad de rasgos característica de las obras artísticas de las viejas civilizaciones clásicas, una crisálida amodorrada en su sueño inefable; promesa inminente de la vida que se renueva desde el fondo de su secreto milagroso y trivial.

II

No pude reprimir mi emoción, ante la joya emblemática. Desapareció de mi conciencia el conjunto abigarrado de mil objetos de arte diferentes, cada uno admirable en su especie. Anonadándose asimismo, para mí los áureos collares dignos de colgar de los hombros de aquellos indios próceres que adoraron al sol. Las gráciles figurillas de los cacharros de barro esfumáronse, como se disipan las estrellas ante la suave majestad de la luna en su lleno; y solamente irradió en mi corazón la turquesa de maravilla que, por

uno de sus lados, como la misma existencia, universal, es negación y muerte, y por otro vida y afirmación, modelamiento incansable de la inerte materia.

III

Pensé después en cuánto puede hablar a un alma temerosa y cordial como la mía, de la prosapia y alteza de un gran imperio muerto, el dije diminuto que me fascinó; pensé en los suntuosos festivales del Cuzco, la ciudad sacrosanta y cesárea, ungida con el canto melancólico de las "queñas" y el decoro de las blancas vicuñas que, como ha cantado un poeta amigo,

"... parecen estar
(en su elegancia
dotadas del inútil
(sentido de lo
(bello");

y en todo aquel mundo humano, gracioso y fuerte, delicado y majestuoso, fino y enorme, que se anonadó a las plantas inexorables de un guerrero español...

Pensé que los pueblos pueden, sin cultura europea, elevarse a las cumbres más serenas del ideal luminoso, y descorrer, siquiera apenas, los velos del misterio, con

cretando su emoción, para todas las gentes, en el mudo y perenne lenguaje de una turquesa labrada con primor.

IV

Y en un raptó de fanatismo, al recordar que corre por mis venas el mismo jugo indígena que levantó las pirámides de Teotihuacán en la mesa central del Anáhuac, evoqué el recuerdo de aquel feroz califa que incendió la biblioteca de Alejandría, segrimiendo este sencillo argumento eficaz



Don Antonio Caso

como un yatagán de dos filos: "Si lo que dicen los libros del Museo de Alejandría no concuerda con lo que manda y enseña el Profeta en los versículos de El Corán, sobran los libros del museo y hasta la enseñanza de Mahoma; y si por acaso estuvieren en desacuerdo con el libro sagrado, también sobran, porque ya poseemos su enseñanza. Por tanto, que el fuego purifique de mentiras y sofismas la librería imperial".

V

Así también decíame yo, perplejo, ante el bello talismán: "Si el secreto de todos los libros está de acuerdo con la moral y la filosofía de la turquesa emblemática, sobran los libros y sus laboriosas razones, porque ya poseemos en breve espacio, expuesta dentro de la forma intuitiva del arte, su verdad esencial; y si la substancia de tantos volúmenes discrepa del pensamiento involucrado en la joya digna de decorar el pecho de un santo, también sobran los libros, porque la verdad más alta que puede saberse, ante la cual enmudecen las religiones y las filosofías, es ésta nomás: la vida y la muerte son los dos instantes de un ritmo eterno, del ritmo universal. Sólo perece el individuo, la Vida es imperecedera, indeficiente. El mundo es una renovación sempiterna; y, en el seno de cada tumba, como en el lienzo de aquel gran artista piadoso que describió la Asunción de la Virgen María, florecen las blancas azucenas que, al bañar su corola en la luz, apoyan sus tallos milagrosos en la próspera sombra.

V I

¿Con qué derecho llama Europa bárbaras a las naciones que erigieron al dios desconocido de Netzahualecōyōtl pirámides de adoración y encerraron los días del año

y las estaciones, como dice Ramírez, "en un círculo de púrpura desde cuyo centro el sacerdote revelaba la expedición misteriosa del sol por el Zodiaco?" ¿Con qué derecho la cultura europea menosprecia a nuestros mayores, cuyas manos insuperables labraron turquesas que cifran el arcano del mundo?

V I I

A Teresa Granda, una limeña representativa, cuya belleza prócer como una corona, increíble como una alucinación, piadosa como una mentira, en aquella noche de la visita al museo, guió mis pasos por las páginas de la historia peruana, dedico esta interpretación deficiente del mágico amuleto que, en lo de adelante, significará para mí la dulzura de la civilización incaica galvanizada en el estupor de la Conquista. La mansedumbre de las pupilas de mi amiga acrisola en mi recuerdo el vasto reino sometido como un solo cuerpo a la divinidad del Faraón peruano. Desfilan ante mi admiración reverente los adoradores del sol como sobre la tierra silenciosa que los nutrió una vez, con sus virtudes. Mi corazón los acoge en su penumbra y late con su sangre... Pasarán los siglos sobre la piedra preciosa grabada en un rapto de inspiración divina por un artista incógnito, para afirmar que la Muerte y la Vida son dos hermanas gemelas que juntas trabajan bajo la paz de las estrellas, en una obra sin nombre. ¡Nada tiene substancia sino el fluir continuo de la realidad universal! ¡Sólo es verdad el movimiento que todo lo destruye y todo lo edifica! ¡La existencia es quizá un drama interminable, cuyo prólogo no se ha redactado nunca, y cuyo epílogo jamás será escrito!

A N T O N I O C A S O

(Apunte de Aristides Vallejo.)

Los delgados se enferman

CON MAS FACILIDAD QUE LOS ROBUSTOS.

NO SEA DELGADO. AUMENTE SUS

CARNES, SALUD Y FUERZAS TOMANDO

CARNOL. PROCURELO EN LAS BO



SONREIRÁ
sin vergüenza quien use
Kolynos para
blanquear sus
dientes.

Kolynos
CREMA DENTAL



Merced a la instalación de fuerza y luz eléctrica propia, la empresa del Teatro Colón reabrió ayer sus puertas y la compañía mexicana de revistas, que ahí viene actuando, estrenó con marcado éxito la "feerie" típica de gran aparato intitulada "México bolcheviques", que presentan cuadros y tipos característicos de la vida popular azteca. Ofrecemos información gráfica de este acontecimiento.

VNCVENTO

QUINFRANTILLO

Las señoras estrecharon el círculo al rededor de Claudio Sebastián.

Era un hombre joven, guapo con cierto aire presuntuoso que no le sentaba mal, cuyas frecuentes aventuras rodeaban de leyenda su prestigio galante. Algunas tenían las mejillas encendidas, y los ojos avivados por la curiosidad. Siempre ocurría lo mismo. Sus cuentos, anécdotas e historietas, en las que no faltaba nunca el delicioso picor de un granito de mostaza, tenían la virtud de seducir a las mujeres, muchas de las cuales no sabían distinguir dónde residía el encanto: si en el interés del relato, o en la prestancia del narrador.

—Vamos,—insistieron todas a una—nos tiene usted pendientes de sus labios.

Claudio, de pie junto a la chimenea apagada, se apoyó sobre un codo en el mármol de la repisa, tal vez porque estaba seguro de que así resaltaba mejor su esbelta figura de héroe byroniano.

—Les voy a contar a ustedes la historia de mi primer amor, que es a la vez la de mi primer pecado.

—¡Alguna atrocidad!—exclamó la señora de Santisteban prematuramente escandalizada, mientras un ligero calofrío nervioso sacudía su lindo busto de alabastro y rosa.



Creyérase que las historias de amor la ruborizaban, pero era lo cierto que gustaba muchísimo de ellas.

Claudio Sebastián frunció levemente el entrecejo; una sonrisa irónica jugueteó entre sus labios húmedos.

—¡Oh!, nada de eso, señora; un cuento infantil, casi un poema.....

—Pero, ¿ha amado usted alguna vez?—preguntó maliciosa y sonriente, otra de las damas.

—Verán ustedes: creo que sí. Hasta llevaría a asegurarles que nunca he dejado de amar.

—¿Es posible?—inquirieron dubitativas las damas, desgranando a coro, las perlas de la risa.

—Lo juraría por vuestros ojos, señoras mías.

Tales arranques de añeja cortesía, cuadraban bien a su manera donjuanesca y presuntuosa. Puso en alto la mirada, como si tratara de anudar sus recuerdos, y comenzó después con voz lenta, casi grave.

—¡Hace ya tanto tiempo de esto! A la edad de ocho años era yo un muchuelo místico y soñador. Las cosas de iglesia, más aún que los relatos de caza, de guerras y aventuras, excitaban vivamente mi imaginación. Todo mi anhelo estaba cifrado en vestir algún día sotana y cantar misa entre oros, perfumes de rosas y nubes de incienso. Mi madre, cristiana a la anti-

gua manera, estimulaba mi ingénita devoción; pero mis hermanos, capaces de descornar al mismísimo Patudo, mofábanse donosamente de mi beatitud. Para ellos, y aún para todos los galopines del contorno era yo, por antonomasia, "el curita". En verdad yo mismo estaba convencido de mi vocación eclesiástica. En mis momentos de vanidosa exaltación mística, créfame un San Luis Gonzaga o poco menos— que cabe también la vanidad en el misticismo.

¡San Luis Gonzaga! La figura angélica de este adolescente, cuya vida y milagros conocía de memoria, era para mí el paradigma de la verdadera santidad. Si he de ser franco, les confesaré a ustedes que nunca me tentaron las palmas del martirio. Morir despedazado entre las garras de las fieras, o bien cocido a fuego lento, no entraba en mis cálculos y propósitos. Aspiraba al premio de una santidad menos cruenta y dolorosa. La vida conventual con su quietud de remanso, el ejercicio del culto, al cual no son ajenas ciertas voluptuosidades espirituales, la realización de hermosos milagros—semejantes a aquellos que veía reproducidos en los lienzos murales de los claustros—he ahí todo lo que ambicionaba. Faltábame ardor catequista, espíritu de lucha, y mi carne era demasiado flaca ¡ay!, para soportar, siquiera sea imaginativamente, los sufrimientos y martirios que padecieron los santos militantes. Propiamente hablando, lo que me seducía de la santidad, eran los dulces deliquios, los éxtasi y arrobamientos místicos. Con-

versar familiarmente con María, reclinarme sobre su seno maternal mi cabeza afiebrada, llevar en brazos, como San Antonio, a Jesús infante, y tener un nimbo de luz sobre la cabeza....

¡Ah! señoras mías; esto último, sobre todo, era para mí un atractivo poderoso. No concebía santos sin una aureola suspendida en el aire, a pocos centímetros de la coronilla. Ansiaba ser dueño de la que creía destinada para mí, y la quería aun más grande



que el modelo común, hecha de una luz resplandeciente y magnífica, para que no se establecieran dudas, en el cielo y en la tierra, sobre la jerarquía de mi santidad.

¡No todos los anhelos y deseos, por buenos que sean, son realizables!

Muy lejos estoy de poseer un nimbo y aun más de platicar con la divinidad. Jamás logré llevar en mis bra-

zos al tierno y gordezuelo Niño Jesús, jamás también, ¡ay de mí! reposé en otros senos que no sean los que ofrece el más terreno y liviano amor. No he llegado a parecerme absolutamente en nada a San Luiz Gonzaga. La culpa de esta desgracia, no debe atribuírseme directamente. Luego verán ustedes, una vez más, hasta qué punto las decisiones de los hombres son caña quebradiza en manos femeninas. Una mujer, señoras mías, me apartó para siempre de los goces inefables del cielo, a cambio de otros no menos inefables, ciertamente, pero sí harto efímeros.....

Callaré el nombre de la ciudad donde ocurrió mi historia. No todos los nombres de ciudades tienen prestigio suficiente para resaltar el interés de un relato. Por lo demás, poco ganarían ustedes conociéndolo. Básteles saber que es una ciudad de tipo colonial, una de esas ciudades tan parecidas las unas a las otras, que tanto abundan en el Pacífico. Una cosa la distingue de todas, olvidaba decirlo, sus campanas. ¡Maravillosas campanas de oro las de sus iglesias! A pesar del tiempo transcurrido, tengo grabado en la memoria el mágico concierto de tañidos que a diario escuchaba. Porque estas campanas parlanchinas jamás callaban. Son las lenguas vivas de la ciudad, las voces de su dolor, de su alegría, de su piedad, de su arrebató. Muy de mañana, cuando despunta la Aurora, un coro de frescas campanitas claras, llamando a misa, saluda al madrugador. Luego, siguen repicando con distintos tonos, hasta que, la mayor, con voz grave da la queda, y la ciudad se sume en pesado sueño campesino.

Nosotros vivíamos a extramuros de la ciudad, en una vieja quinta colonial, que a juzgar por la traza, debió ser solar de gente hidalga y rica. Todo allí hablaba del pasado esplendor: el oro muriente de los artesonados, la talla primorosa de las puertas, la amplitud de los salones, los grandes patios claustrales, y hasta la misma extensión del huerto, en el cual había un espacio reservado para jardín, donde mi madre tenía sus macetas. Habitaban en quintas vecinas a la nuestra unas señoritas ricachonas y aquella

por quien primero suspiré en este mundo, donde tanto y por tantas he suspirado. A las señoritas,—altas, flacas, románticas y feas—apodábanlas “las vírgenes prudentes”. No les cuadraba mal el mote, pues eran buenas, otoñales y beatas, cual monjas exclaustradas; con los pequeñuelos tenían solicitudes maternales. Cuando alguno de mis hermanos, por ejemplo, se mojaba hasta la cintura, saltando con la garrocha las charcas del contorno, acudía inmediatamente [donde “las vírgenes prudentes” seguro de que éstas le pondrían a secar zapatos y medias en el horno de la cocina. Lo mismo hacían los mal heridos en las pedreas que a diario se libraban en el barrio. Yo jamás tuve ocasión de ir a verlas para otra cosa que no fueran recibir golosinas, pues limitaba mis juegos a construir altaritos y a buscar niduelos en los árboles de nuestro jardín.

Estas amables señoritas, me “prepararon” para recibir la Primera Comunión. Quince días antes “del gran acontecimiento en la vida de un hombre”,—palabras textuales de mi confesor—fuí a verlas por las tardes para hacer los ejercicios espirituales necesarios. Consistían éstos en lecturas del Año Cristiano, rezos y pláticas sobre los “sublimes misterios de la religión”. Una después de otra, y, a veces dos de ellas a la vez, entregábanse conmigo a tan piadoso menester. ¡Inefables momentos aquellos, amigas mías! Sentíame cada vez más cerca de la bienaventuranza, a medida que se aproximaba el fausto día. Además, las golosinas con que me obsequiaban, constituían un estímulo de mi puntual devoción.

Cuando volvía a mi casa después de aquellas prácticas piadosas, todo me aseguraba que lograría a poco costo el ansiado nimbo de santidad.

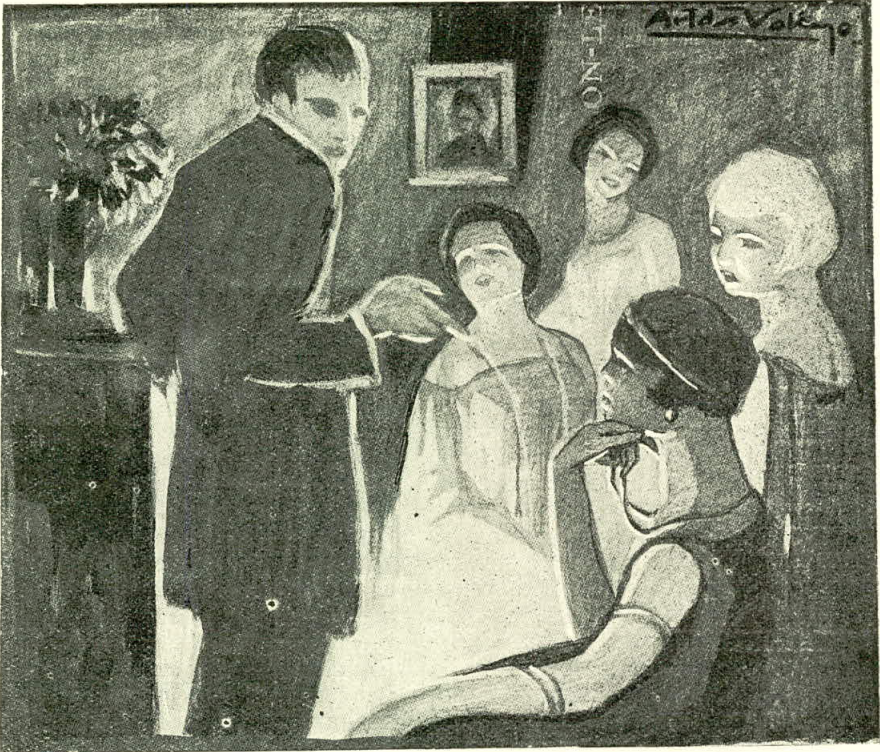
Una tarde encontré a mi linda vecina, entretenida en arrojar chinitas a la ancha acequia que corría al frente de la quinta. Nunca había reparado en ella hasta entonces. Era pequeña y vivaz, un si es no es magra, morena con esa morenez dulce y aterciopelada de las frutas puestas al sol. Los ojuelos renegridos y apicarados, miraban con audacia. Su boca era propiamente

te una guinda en sazón. Con mucha destreza lanzaba pedrezuelas planas al agua, haciéndolas rebotar en ella cómo sobre una superficie dura.

—Mira,—me gritó jovial—qué bien las tiro. ¿A que tú no las haces saltar en el agua cinco veces?

Un poco sorprendido por tan intempestiva invitación, pero en el fondo halagado de que se dirigiera a mí, abandoné en el suelo el Año Cristiano—inseparable compañero mío entonces—y a mi vez arrojé sin éxito algu-

nunca participaba en sus juegos, no me querían bien. Un secreto instinto me anunció que iba a pasar un mal rato. Refugiéme en la puerta, deseoso de que no me descubrieran. Pero más tardé yo en esconderme, que ellos en descubrirme. Y comenzaron los gritos, los berridos y los insultos. Imitando el tono de voz de los sochantres, me llamaban “curita”, “fraile”, “obispo”. De repente, dominando aquel bullicio infernal, con aguda voz de falsete, Juanito Cárdenas me gritó



nas chinitas. Ella se burló de mi torpeza.

—Pero tú no sabes coger nidos como yo, ni siquiera puedes trepar a los árboles,—le dije a manera de desquite.

—¿Que no? ¡Tonto! El otro día mi abuela me metió en la cama, porque trepé a un magnolio, ¿sabes? al más alto.

Mientras dialogábamos de esta guisa, llegaron en tropel los muchachos que volvían de la pedrea diaria. Algunos estaban heridos, sangrando por las narices; todos cantaban a grito pelado canciones marciales. Como yo

“pollerudo”. Aquello fué un acabóse. Arreciaron los gritos y las carcajadas. Por primera vez en mi vida, sentí el dolor y la humillación de ser vejado delante de una mujer. Enrojecí de rubor y de cólera y sacando fuerza y ánimo de mi flaqueza, le arrojé en la cara el Año Cristiano. Solté a llorar, y escapé gritándoles: “Burros”, “calzones rotos”, “abusivos”.

En mi casa, después de serenarme, le referí el incidente a una beata, ex-cadavera de convento, que mi madre protegía.

—Disipación y más disipación—dí-

jome. En vísperas de comulgar no se entretiene uno jugando con niñas..... Te ha faltado además, humildad cristiana.

Me alejé de su lado sin dejarla concluir.

Buscaba consuelos y no razonamientos. En ese momento adquirí la certidumbre de que siempre me faltaría humildad cristiana para soportar ultrajes delante de damas.

Lleno de vagas angustias me puse de hinojos delante de una imagen de la Virgen, y oré con fervor, dándome tremendos golpes de pecho.

Y llegó por fin la víspera del gran día. Me compraron un hermoso vestido azul, con botoncillos dorados y relucientes, magníficas botinas de eharrol, y una gorra muy elegante. Aunque interiormente me repetía, con las mismas palabras de la beata: "El regocijo que nos causan las pompas del mundo, es disipación y sólo disipación",—no podía apartar el pensamiento ni la mirada de mi flamante vestido. Hinchado de vanidad, imaginaba el efecto que produciría en la iglesia, muy puesto de veinticinco alfileres, con el listón blanco en el brazo y el cirio enlistado también en la mano.

Cumplí a desgana mis obligaciones devotas, y me acosté nervioso, soliviantado por mil ideas contradictorias y absurdas. Pasé la noche intranquilo. El canto de los gallos me despertaba a cada rato. Con las primeras luces de la mañana, salté de la cama. Aún antes de santiguarme, como tenía por costumbre hacerlo, le eché una mirada complacida a mi vestido. Luego fuí a levantarme, y lo hice con tanta prisa, que al restregarme la cara, casi me brota sangre de la piel.

Mi madre me acompañó a la iglesia de los Frailes Descalzos donde debía comulgar. Allí mareado por el aroma del incienso y de las flores, dulcemente emocionado por la música grave y triste del coro, con las lágrimas a punto, creí que realizaba mi ensueño: la consagración sacerdotal. Descendí las gradas del comulgatorio, con la vista baja, lleno de mística unción. El cirio temblaba en mi mano. Me arrodillé al lado de mi madre, y recé con más fervor que nunca. Poco después,

me perdía en el rezo. La cabeza me daba vueltas; un sudor helado bañaba mi frente. Desfallecía de debilidad. Al advertir mi palidez y decaimiento, djome mi madre el aído:

—Vete a desayunar antes de que te dé un vértigo. Yo iré luego que concluya la misa.

Salí vacilando sobre mis pies; pero la certeza de que tenía a Dios en mi pecho, me daba alientos.

La iglesia conventual estaba situada a una regular distancia de mi casa. Para acortar el camino, crucé un campo sembrado de trigo. El aire perfumado de la mañana campesina me reanimó un poco. Avancé ligero, deseoso de llegar cuanto antes. Al pasar por la quinta de mi vecinita, víla sentada a la puerta. ¡Dios es testigo de que no quise ni mirarla! Pero tosió a mi paso, y no tuve más remedio que volver la cara.

—¡Qué elegante estás!—me dijo. ¿Me regalarás una estampita de recuerdo?

Abrí el libro de misa, y le dí varias a escoger. De pronto, agarrándome por un brazo, y sin darme tiempo para volverme atrás, me arrastetó al jardín diciéndome:

—Ven; mira qué lindo nido he descubierta. Tiene tres pichoncitos. Tú que dices que no puedo subir a los árboles, ahora verás.

Comprendía que aquello estaba mal pero, débil, mareado, sin ánimo para protestar, la dejé hacer lo que quisiera. Llegamos al pie de un magnolio, y, con ágil dresteza trepó a él. Víla alcanzar el nido, y ví también lo que la falda corta permitía ver: una pierne-cilla redonda y mórbida.....

Desde lo alto me gritaba:

—¿Eh, qué te parece? ¿Puedo o no puedo? ¿Me ayudarás a bajar?

Una oleada de rubor me encendió el rostro. Presa de una rara y dulcísima emoción, no atinaba a decir palabra. Tiré al suelo el libro de misa y el cirio, y le ofrecí mis brazos para que se descolgara. Los dos rodamos por el suelo. Sentí pegada a la mía su boca, y la besé.

Los polluelos, caídos al azar, piaban lastimeros.

Después, huí velozmente, sin decirle adiós, sin mirarla siquiera. Ya en mi casa, me eché a llorar; pero no sabía

si lloraba de remordimiento, o por el delicioso cosquilleo que me dejaron aquellos labios frutales y divinos; los labios del primer amor y del primer pecado.....

Desde entonces, el Diabolo me reservó para sí. ¡Adiós ansiada bienaventuranza, adiós inefables y místicos arrobos! El amor me había comunicado su sentido heroico y dramático. La conciencia de haber cometido un pecado, que juzgaba sin absolución, me empujó en el mal. Fué el primero en las pedreas, el primero en dar y recibir golpes, el más audaz, el más desvergonzado. El asombro que produjo tal cambio, no es para descrito. Mi madre no se conformaba, menos aún al considerar que "desde el gran acontecimiento en la vida del hombre" me convertí en el Enemigo. Aunque vagamente, yo mismo me daba cuenta de la metamórfosis que se había operado en mí. Amaba. Todo lo malo y lo bueno que hacía, estaba inspirado por ella. Cifrabá mi mayor alegría en divertirla con mis diabluras y bravuconadas. Después, la vida bifurcó para ambos, opuestos caminos. Viajé, me hice hombre, muchas bocas encendidas me brindaron sus mieles, pero siempre he conservado vivo el recuerdo del primer beso.

Cuando al cabo de mucho tiempo volví a aquella ciudad, la primera cana indiscreta me dijo que había envejecido. ¡Con cuánta melancolía recorrí aquellos lugares amados, donde transcurriera mi infancia! Mi vieja casona, la ancha acequia rumorosa donde ella se entretenía arrojando chinitas; la iglesuca del convento, todo, todo, estaba igual. Sentíme niño otra vez. Un sentimiento inexpresable de ternura agitada dulcemente mi corazón. ¡Ah, si yo hubiera podido conservar en mi espíritu la misma quietud de aquellos sitios! Aún vivían las vírgenes prudentes; y si no fuera por algunos mechones de plata, y por la palidez amarillenta de sus rostros, creyérase que por ellas no habían pasado los años con su carga de dolores y melancolías. Me obsequiaron con los mismos presentes de otrora: rojas pommas, doradas naranjas del huerto y

esos dulces con nombres tan poéticos y evocadores: "cabellos de ángel", "lágrimas de la Virgen", "suspiros..." que suelen preparar las beatas.

—¿Y Rosita?—preguntéles ansioso.

—¿Quién? ¿Rosita? Se casó. Tiene ya dos niños. Aun vive en la misma quinta—replicaron a coro.

No pude resistir al deseo de verla. ¡Mejor no lo hubiera hecho, señoras mías! Vano y loco empeño es querer revivir ilusiones de infancia, esas que germinan cuando la imaginación finge paraísos de oro en todas las cosas.

—¡Usted!—exclamó con timidez al verme, mas no con asombro.

Tenía ese encogimiento, esa dulzura tímida, propia de las damas pueblerinas. La cara sin afeites, las manos bastas, rojizas, acusando diligencias caseras, el talle noblemente deformado por la maternidad..... Sólo al través de su mirada pude descubrir los ojuelos renegridos y vivaces que encandilaron mis deseos precoces.

Nos miramos de hito en hito; ella, curiosa, tal vez incómoda; yo, embargado de melancolía.

—¿Recuerda usted?—la dije.

—¿Qué? Ah, sí; al principio era usted un niño muy dócil; luego se convirtió en el peor de los diablos. Mi abuela, que en gloria esté, llegó a tenerle un miedo horrible.

Callé, mordíendome los labios. Ni un leve sonrojo delató la fugaz emoción de un recuerdo. ¡Oh, inconsciencia femenina! Había olvidado que por ella renuncié al cielo y a sus glorias divinales.

El sol de mediodía inundaba la solana. Un niño de cinco años, jugaba en el patio espantando a las gallinas que cloqueaban asustadas. Era su hijo. Comprendí que no debía decirle una sola palabra que turbara su dicha.

Me alejé aspirando con deleite el aroma evocador de los magnolios, que sahumaba la tarde.

Claudio Sebastián concluyó. Pero esta vez las señoras no sonrieron maliciosas y ruborizadas.....

CARLOS PARRA DEL RIEGO.

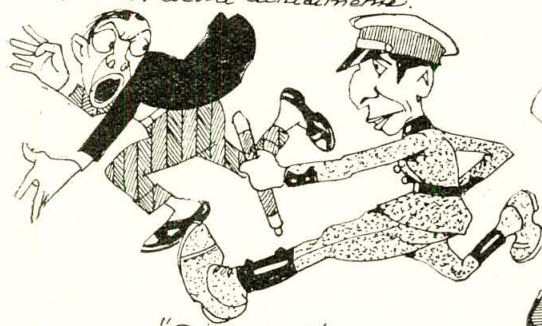
MATAPERRADAS DE GORDETE Y CALAMBRITO, POR CHALLE



"Diluvio"
Fundación. Lluvia fuerte
que no azota actualmente.



"Dinamita"
Materia explosiva



"Dispersar"
Disertinar. No permu
tir reuniones.



"Divorcio"
Ruptura del matrimonio



"Dócil"
Suave, apacible, obediente



Domestico, ~~ti~~ criado de confianza



"Dormir"
Entrarse al sueño... feliz

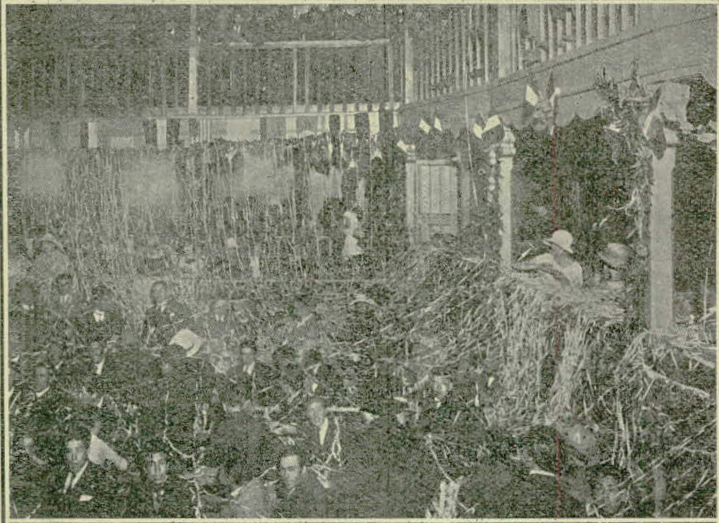


"Dosis"
Toma de medicina

HISTORIA MUDA

"Variedades" en la República

EL CARNAVAL EN EL CUZCO



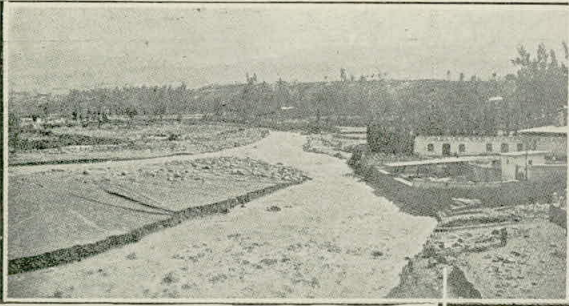
La reina Doris I y su corte de honor compuesta por las señoritas (izquierda a derecha): Carmen Luna, Lilia Saldivar, Mercedes Luna, Otilia Garmendia, Graciela Ugarte y Carlota Oliart Garmendia. — Un interesante aspecto del corso de carros, frente al templo de la Merced. — La banda del regimiento No. 3, que prestó alegría a las fiestas del Carnaval en el Cuzco, ejecutando aires entusiastas.—Fiesta en honor Carnavales del Cuzco en el teatro Excelsior de esa ciudad.—(Fotos: Chambi.)

La Soberana de Mollendo



Señorita Antonieta Ramírez, que fué elegida reina del carnaval en Mollendo.

Lluvias é inundaciones en Arequipa.



El Chili amagando el Molino de San Juan.



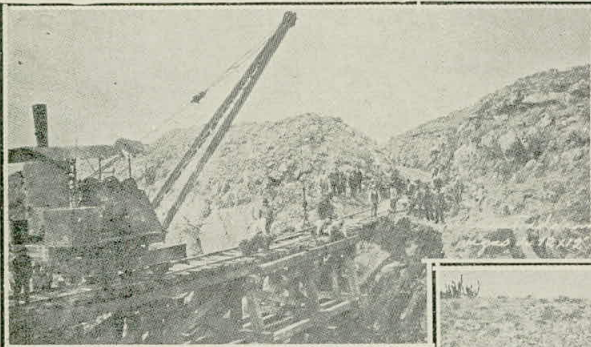
El lago de Tingo después de que el Chili barrió con ella.



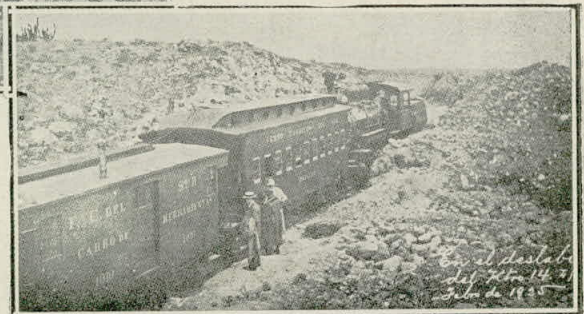
La laguna de Tingo antes de la irrupción de las aguas.



La torrentera de San Lázaro abriéndose paso por el barrio del mismo nombre.



Una grúa verificando el encatrado de vigas en uno de los deslaves del Km. 14, línea Arequipa-Puno.



La máquina conductora de trabajadores y material y herramientas para el arreglo de la línea Arequipa-Puno, a la altura del Km. 14.

(Fotos: SHIOMURA.)

CRONICAS SELVATICAS

EL REGRESO DE LA INDIADA

—Buen día, mamá Juana.

Dijo el curaca Bruno y, por delante de la dueño del fundo, desfiló, tras de él, la pequeña tribu, pronunciando todos, grandes y chicos, igual salutación:

—Buen día, mamá Juana.

rrayas, llevando las mujeres afilados Collins y, los chiquillos, cestos de totora en las espaldas, sujetos a la frente por preñinas de chambira, después de dar los días a la patrona, iniciaban las cotidianas labores, dirigiéndose ya al monte en busca de "mitayo", ya al río para la "figa" del "paiche" o de la "gamitana"; encaminándose las hembras, a la recolección de la yuca o del algodón y, los muchachos, a los taguales, para llenar los cestos del preciado marfil vegetal.

Era la señora Juana, una de las más antiguas moradoras de la región del Napo. Establecióse en esa región, allá por el año de 1895, acompañando a su hombre, Shanti Ruiz, tejedor de sombreros de paja, oriundos, ambos, de Moyobamba, la ciudad de las siete colinas y de los siete motilones.

Al espíritu aventurero de Shanti no le satisfizo la existencia sedentaria y, sólo el afecto a la gallarda moza de grandes ojos negros, boca diminuta y senos insolentes, había impedido abandonar el terruño

y trasladarse a la zona fluvial de Loreto para tratar de enriquecerse con la explotación del latex amazónico.

Fué una noche de parranda, después de un "shimaichi", cuando Shanti expresó a Juana sus deseos:

—¿Has de venir conmigo a la montaña?—le dijo.



—¿Has de venir conmigo a la montaña?....

Suspendía la excelente señora Juana el regadío de sus rosales por ella cultivados en el jardincillo que daba acceso a la casa del fundo y contestaba el matinal saludo de la peonada.

Tal era la costumbre establecida. Los indios, provistos, unos, de machetes, otros, de carabinas, cargando, otros, remos y ata-

—He de ir—contestó la joven.

A estas dos frases se redujo todo el proceso amoroso de aquellos dos seres. La unión quedó sellada y, esa noche, fugó la pareja, del baile, cobijándose en la modesta vivienda del laborioso tejedor.

Pocos días después, con un cargamento de sombreros, emprendieron viaje a Yurimaguas y luego a Iquitos. Con el producto de la venta de los sombreros, adquirió Shanti una canoa, algunas ollas, útiles de pesca, un lote de mercaderías y, por algún tiempo, dedicóse al "regateo" a lo largo del Napo.

Pronto adquirió buenas relaciones y pasados tres años de trabajo, ahorro y periódicos viajes a la capital loreana, adquirió un trozo de tierra en la parte ecuatoriana de la región, más arriba de la boca del Aguarico. Fué un negocio brillante. Cedióle el terreno, un paisano deseoso de regresar a Moyobamba. Y con la tierra, recibió Shanti, varias canoas, una casa de "huacapú" y hojas de palmera y algunas familias de indios napos, activos y fieles.

Quince años vivieron felices en ese lugar, sin otra pena que la falta de vástagos. El viejo litigio de fronteras perturbó la tranquila existencia de la moyobambina pareja. Hostilizados por el elemento ecuatoriano, Shanti y su mujer se defendieron bravamente, pero al fin, viéronse precisados a emigrar, trasladándose con sus reses, sus enseres y sus peones, al bajo Napo, estableciéndose en la margen izquierda, donde compraron una faja de tierra cercana al punto denominado Copalurco, próximo a la desembocadura del Tamboryacu.

Unas cuantas semanas bastaron para quedar definitivamente instalados, construyendo presurosamente la peonada, una casa sólida y rústica para los patrones y amplia rancharía para el alojamiento de la indiada.

Sapotillo fué el nombre de la nueva estancia y en breve, aquel fundo, adquirió prestigio tanto por su estado cada vez más floreciente como por la amable hospitalidad que brindaban sus propietarios a los "regalones" y en general a todos los viajeros; y por la seriedad de Shanti en el cumplimiento de sus obligaciones comerciales.

Dos años más tarde, uno de los tantos incidentes comunes en la azarosa vida selvática, ocasionó la muerte de Shanti. Una gruesa palizada volteó la canoa en la que se encontraba dedicado a la pesca del "zúmgaro" y Shanti pereció ahogado. Los dos indios que le acompañaban, salvaron debido a su destreza en la natación y tras muchos esfuerzos, consiguieron recoger el cuerpo de Ruiz, reconquistar la canoa y regresar al fundo conduciendo los inanimados despojos.

Acostumbrada a los peligros constantes de aquel vivir primitivo y agreste, no lloró la viuda por la desaparición trágica del compañero de tantos años de trabajo intenso y rudo. Dominó su dolor sincero y profundo. Hizo construir un cementerio en la parte más alta de Sapotillo y, cumplido el deber de dar sepultura al amado cuerpo de Shanti, reanudó sus labores continuando empeñosamente la acción civilizadora del difunto en esa apartada zona de la patria.

La vida de la señora Juana deslizábase apacible y serena, como las aguas de plácida "muyuna". Los días sucedíanse iguales y monótonos, distinguiéndose los domingos por la paralización de las faenas y el izamiento de la bandera bicolor en el mástil de "chonta" colocado en el centro del jardín situado delante de la casa. La peonada concurría en masa a este acto patriótico. Y mientras el curaca Bruno manejaba la driza e izaba el pabellón, la señora Juana hacía entonar al fonógrafo los entusiasmas acordes del himno nacional.

El patriotismo de la viuda habíase templado defendiendo su hogar cuando el conflicto con los descendientes de los shiris y haciendo frente a los merodeadores extranjeros que encontraban más fácil apropiarse del oro negro cosechado que obtenerlo frabajando en la extracción de tan valiosa savia. Se le tenía respeto particularmente por sus arrestos dignos de aquellas hembras guerreras que dominaron antaño a todas las tribus de la hoya amazónica; y por su destreza imponderable en el manejo del Winchester y del Smith y Wesson. Nadie como ella apabullaba a treinta pasos, con un tiro de revólver, una moneda de plata de diez reales. Y, desde el Mazan hasta Torres Causana, no había cauchero que le ventajase a derribar una "panguana" o a perturbar a un saurio con un certero disparo de su carabina.

Dos aniversarios celebrábanse en Sapotillo: el del natalicio de la patrona y el de la independencia nacional. El 24 de junio, día de San Juan y el 28 de julio. Estos días se festejaban cumplidamente. Organizábanse bailes. La indiada lucía sus mejores ropas. Y la señora Juana presidía los festejos, prodigando el vino de Oporto y las galletas de biscuit.

La indiada de Sapotillo si bien conservaba sus cualidades y costumbres montañesas, había asimilado mucho de la civilización llevada a la selva por el hombre blanco. Los napos, usaban, no sólo en las fiestas sino también en el trabajo, decoroso ropaje. Pantalones de "sempiterno". Camisas de tocuyo. Sombreros de burda paja. Las indias, vestían de percal y, los domingos, haciendo verdaderos sacrificios, gasta-

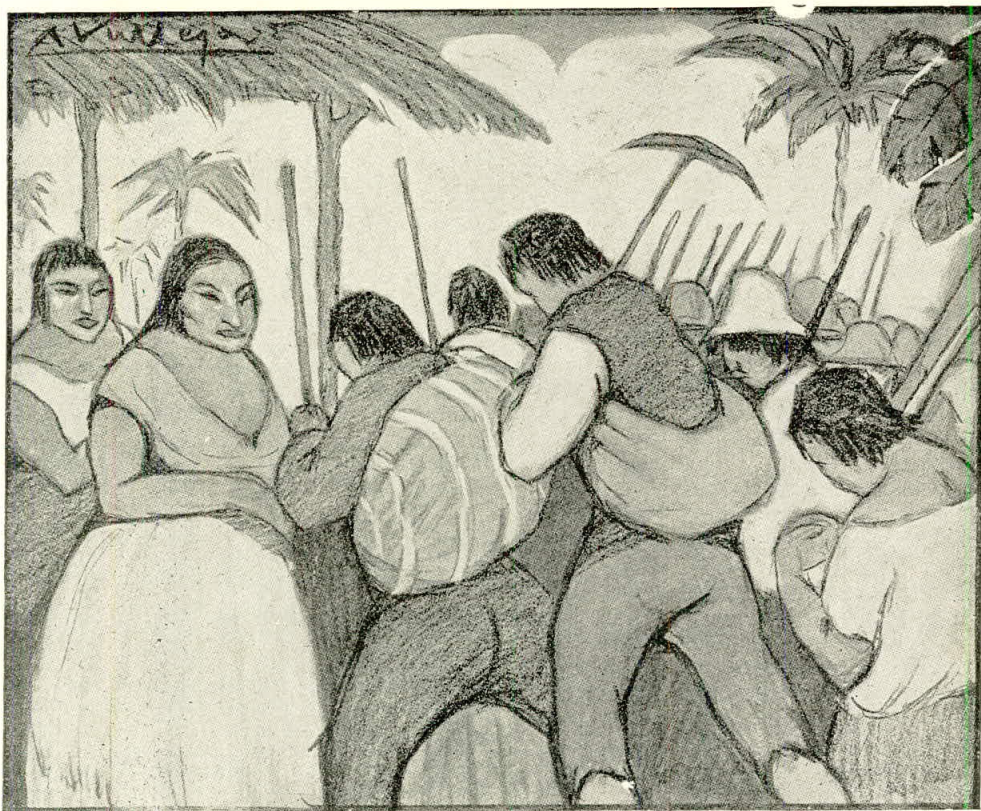
ban zapatos de la mejor marca. Los hombres, en cambio, no pudieron nunca aceptar el calzado. En vano habíales obsequiado la señora Juana, calzado "Hanann" fuerte y duradero. En la ranchería, veíanse los pares de zapatos pendientes de piolas al lado de los trozos de pez salada o de carnes ahumadas.

Había otro incidente que era motivo de fiesta en el fundo. La llegada de lanchas. Cada veinte días o treinta, atracaba al fan-

lancha se encontraba a la altura de Puca Barranca, a cinco vueltas de Sapotillo. Dos horas y media más y la lancha atracaría al fundo.

En efecto, dos horas y media transcurrieron y la "Elisa" fondeó en el embarcadero de la estancia. El representante de la casa armadora, un judío francés, desembarcó y, con él, un brasileño que se dedicaba a la trata de indios.

Algo de mercaderías dejó la lancha en el



Ahí estaban todos, sin faltar uno solo...

goso barranco, alguna comercial embarcación a vapor, portadora de mercaderías que la señora Juana adquiría a cambio de "tagua", algodón u otros productos.

Una mañana el curaca Bruno, regresó presuroso del monte y avisó a la patrona con su habitual y monosilábico lenguaje:

—Lancha.

—¿Llega?—interrogó doña Juana.

—Llega—respondió Bruno.

—¿Dónde?

—Puca Barranca—expresó el curaca.

Quería decir que una lancha se aproximaba. Su oído, aguzado y experto, había sentido el funcionamiento de la hélice. La

fundo y, mientras seguía viaje hasta la frontera, el brasileño quedó en Sapotillo, con la esperanza de conquistar algunos peones.

—Mi gente es libre—dijo doña Juana al agente—. Si quiere, puede contratarse, previo pago, por supuesto, de lo que me adeuda.

En breve cerróse el trato. El agente entregaría cien libras peruanas por hombre, mitad en dinero y mitad en mercaderías y los veintidós indios mayores de edad, partirían con él.

Listos los indios, embarcáronse al regreso de la lancha, para desembarcar en el Amazonas, donde esperaron otra lancha que

hacia el tráfico con el Brasil. A bordo de la nueva embarcación, siguieron viaje, bajando el gran río. Pasaron la frontera aprovechando las sombras de la noche para burlar la vigilancia de las autoridades de Leticia y se detuvieron en Tabatinga, de donde, en un vapor brasileño, semejante a una batea grande y oval con toldilla y camarotes, la indiada llegó a Manaos y, en seguida, después de algunas semanas de viaje, arribó a la región del Acre.

La compañía gomera de la cual era agente el contratista de la peonada de Sapotillo, tenía a su servicio representantes de diversas tribus loretananas. Había allí indios cunibos y campas traídos del Alto Ucayali; cashivos del Amaquirá; capanahuas del Sepahua; puros del Urubamba; remos del Tapiche; yaguas de Pevas y orejones y coconyas, indios nómades que pululan en la zona del Napo.

Sobresalieron pronto en las faenas cau-cheras, los indios de Sapotillo. Ellos eran siempre los mejores recolectores del jugo de la hevea. Salían de mañana con sus "tishelinas" y "maishadiños" y volvían algunos días después con enormes bolas de jebe bien defumado.

Se acercaba la terminación de la "zafra". Una noche, los indios de Sapotillo, los orejones, yaguas y coconyas, fugaron. Inútilmente la compañía destacó comisiones en persecución de los fugitivos. No se encon-

traron ni rastros. Sólo pudo constatarse la falta de dos piraguas grandes, la de algunos machetes y varios winchesters.

Nueve meses justos contados desde el día de la partida de sus peones, encontrábase la señora Juana regando sus rosales, una hora después del alba de un domingo octubreño, cuando surgió ante ella el curaca Bruno.

—Buen día, señora Juana, dijo.

Y tras de él, el resto de la pequeña tribu, desfilaron pronunciando igual salutación:

—Buen día, señora Juana.

Bruno y su gente habían llegado al fondo la noche anterior. Desde la lejana región del Acre, atravesando la intrincada espesura del bosque virgen, abriéndose paso improvisando trochas con el machete, recorriendo una extensión enorme de tierras, vadeando riachuelos y "chimbando" quebradas, sin más brújula que su instinto admirable ni más guía que el sol, habían vuelto a su hogar, al seno de los suyos, al lugar donde habían dejado sus mujeres y sus hijos. Allí estaban todos, sin faltar uno solo, los veintidós indios, con el curaca Bruno a la cabeza, como si nada hubiera sucedido, como si no se hubieran ausentado nunca....

TIP - TOP

(Ilustraciones de Aristides Vallejo.)



Pese lo que debiera usted

PESAR DE ACUERDO CON SU ESTATURA

PARA AUMENTAR SU PESO, SUS CAR-

NES Y FUERZAS TOME **CARNOL** POR UN

CORTO TIEMPO. COMPRELO EN CUAL-

QUIER BOTICA.



Kolynos

CREMA DENTAL

La Magnesia es lo Mejor para la Indigestión

No hay que curar el estómago con digestivos artificiales

La mayoría de las personas que, ocasional o crónicamente, sufren de gases, agruras o indigestión, han suspendido ya las desagradables lietas y el uso de alimentos patentados, drogas perjudiciales, tónicos estomacales, medicinas y digestivos artificiales, substituyéndolos, de acuerdo con el consejo que con frecuencia ha aparecido en estas mismas columnas, con dos pastillas de Magnesia Divina disueltas en un poco de agua y tomadas después de cada comida. El resultado ha sido que ya no sufren molestias en el estómago, comen cuanto les place y disfrutan en general de mucha mejor salud. Aquellos que usan la Magnesia Divina no temen la hora de la comida, porque bien saben que este maravilloso correctivo asimilador de los alimentos, que puede obtenerse en cualquier droguería o botica, regula el funcionamiento del estómago, neutralizando su acidez y evitando la prematura fermentación de los alimentos, y todo esto sin el menor dolor o molestia. Pruébese este plan, pero asegúrese de comprar la legítima Magnesia Divina, preparada especialmente para uso estomacal.

FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

S U N Y A T S E N

La revolución china ha perdido su más conspicua figura. En los mayores episodios de su historia, ocupó Sun Yat Sen una posición eminente. Sun Yat Sen ha sido el leader, el condottiere, el animador máximo de una revolución que ha sacudido a cuatrocientos millones de hombres.

Perteneció Sun Yat Sen a esa innumerable falange de estudiantes chinos que, nutridos de ideas democráticas y revolucionarias en las universidades de la civilización occidental, se convirtieron luego en dinámicos y vehementes agitadores de su pueblo.

El sinc histórico de la China quiso que esta generación de agitadores, educada en las universidades norteamericanas y europeas, crease en el excéptico y aletargado pueblo chino un estado de ánimo nacionalista y revolucionario en el cual debía formarse una vigorosa voluntad de resistencia al imperialismo norteamericano y europeo. Forzada por la conquista, la China salió de su clausura tradicional, para, luego, reentrar mejor en sí misma. El contacto con el Occidente fué fecundo. La ciencia y la filosofía occidentales no debilitaron ni relajaron el sentimiento nacional chino. Al contrario, lo renovaron y lo reanimaron. La transfusión de ideas nuevas rejuveneció la vieja y narcotizada ánima china.

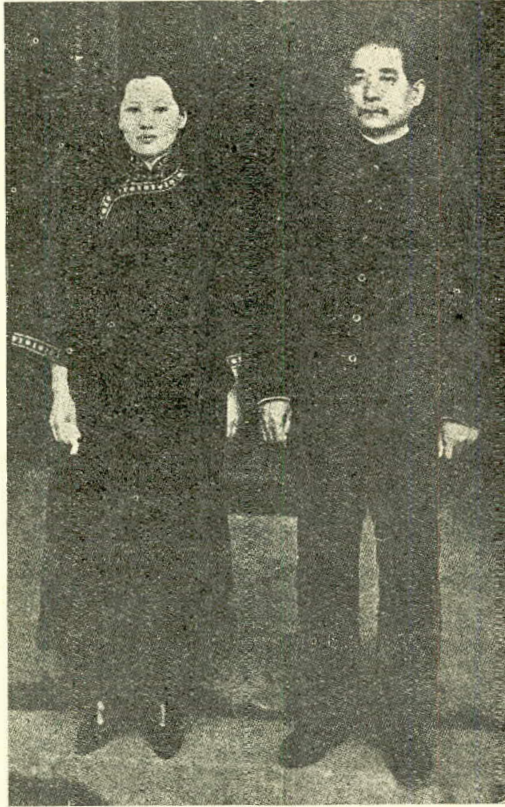
La China sufría, en ese tiempo, los vejámenes y las expoliaciones de la conquista. Las potencias europeas se habían instalado en su territorio. El Japón se había apresurado a reclamar su parte en el metódico despojo. La revuelta boxer había costado a la China la pérdida de las últimas garan-

tías de su independencia política y económica. Las finanzas de la nación se hallaban sometidas al control de las potencias extranjeras. La decrepita dinastía manchú, de otro lado, no podía oponer a la colonización de la China casi ninguna resistencia. No podía suscitar ni presidir un renacimiento de la energía nacional.

Impotente, inválida, ante ninguna abdicación de la soberanía nacional era ya capaz de retroceder. No la asistían ni la adhesión ni la confianza populares. Eragüe, anémica, extraña al pueblo, vegetaba lánguida y pálidamente. Representaba sólo una feudalidad moribunda, cuyas raíces tradicionales aparecían cada vez más envejecidas y socavadas.

Las ideas nacionalistas y revolucionarias, difundidas por los estudiantes e intelectuales, encontraron, por consiguiente, una atmósfera favorable. Sun Yat Sen y el partido Kuo-Ming-Tang promovieron una poderosa corriente republicana. La China se aprestó a adoptar la

forma y las instituciones demo-liberales de la burguesía europea y americana. No cabía, absolutamente, en la China, la transformación de la monarquía absoluta en una monarquía constitucional. Las bases de la dinastía manchú estaban totalmente minadas. Una nueva dinastía no podía ser improvisada. Sun Yat Sen no proponía, por consiguiente, una utopía. Había que intentar, de hecho, la fundación de una república, que no nacería, por supuesto, sólidamente cimentada, pero que, a través de las peripecias de un lento trabajo de afirmación, encontraría al fin su equilibrio. Los acontecimientos dieron la razón a estas previsiones.



El doctor Sun-Yat-Sen con su esposa

La dinastía manchú se derrumbó, definitivamente, al primer embate recio de la revolución. La insurrección estalló en Wu Chang, capital de la provincia de Hu-Pei, el 10 de octubre de 1911. La monarquía no pudo defenderse. Fué proclamada la república. Sun Yat Sen, jefe de la revolución, asumió el poder. Pero Sun Yat Sen se dió cuenta de que su partido no estaba aún maduro para el gobierno. La dinastía había sido fácilmente vencida; pero los latifundistas; los "tuchuns", los latifundistas del Norte conservaban sus posiciones. Las ideas liberales habían fructificado y prosperado en el Sur donde la población, mucho más densa, se componía principalmente de pequeños burgueses. En el Norte dominaba la gran propiedad. El partido Kuo-Ming-Tang no había conseguido desarrollarse ahí.

Sun Yat Sen dejó el gobierno a Yuan Shi Kay que, dueño de un antiguo prestigio de estadista experto, contaba con el apoyo de la clase conservadora y de los jefes militares. El gobierno de Yuan Shi Kay representaba un compromiso. Le tocaba desen-



General Chang-Tso-Ling, el dictador de Manchuria.



Sun-Pao-Shi, ex primer ministro

volver una política de conciliación de los intereses capitalistas y feudales con las ideas democráticas y republicanas de la revolución. Pero Yuan Shi Kay era un estadista del antiguo régimen. Un estadista excéptico respecto a los probables resultados del experimento republicano. Además, se apoderó pronto de él la ambición de devenir emperador. Y en diciembre de 1915 creyó llegada la hora de realizar su proyecto. La restauración resultó precaria. El nuevo imperio no duró sino ochenta-tres días. El sentimiento revolucionario, que se mantenía vigilante, volvió a imponerse. Abandonado por sus propios tenientes, Yuan Shi Kai tuvo que abdicar.

Pero, año y medio después, otra tentativa de restauración monárquica puso en peligro la república. Y, vencida entonces, la reacción no ha desarmado hasta ahora. El mandarinismo, el feudalismo, que la revolución no ha podido todavía liquidar, han conspirado incesantemente contra el régimen democrático. Tampoco la revolución ha desmovilizado sus legiones. Sun Yat Sen ha seguido siendo, hasta su muerte, uno de sus animadores.

En 1920, el conflicto entre las provincias

del sur, dominadas por el partido Kuo-Ming-Tang y las provincias del norte dominadas por el partido An-Fu y por el caudillaje "tuchun", produjo una secesión. Se constituyó en Cantón un gobierno independiente encabezado por Sun Yat Sen. Y este gobierno hizo de Cantón una ciudadela de la agitación nacionalista y revolucionaria. Condenó y rechazó el pacto suscrito en Washington en 1921 por las grandes potencias con el objeto de fijar los límites de su acción en la China. Combatió todos los esfuerzos de la dictadura del Norte por someter la China a un régimen excesivamente centralista, contrario a las aspiraciones de autonomía administrativa de las provincias. Contestó a la organización de un movimiento fascista, financiado por la alta burguesía de Cantón, con la movilización armada del proletariado.

Educado en la escuela de la democracia, Sun Yat Sen supo, sin embargo, en su carrera política, traspasar los límites de la ideología liberal. Los mitos de la democracia (soberanía popular, sufragio universal, etc.) no se enseñorearon de su inteligencia clara y fuerte de idealista práctico. La política imperialista de las grandes potencias occidentales lo ilustró plenamente respecto a la calidad de la justicia democrática. La revolución rusa, finalmente, lo iluminó sobre el sentido y el alcance de la crisis contemporánea. Su agudo instinto revolucionario lo orientó hacia Rusia y sus hombres. Sun Yat Sen veía en Rusia la liberadora de los pueblos de Oriente. No pretendió nunca repetir, mecánicamente, en la China los experimentos europeos. Conformaba, ajustaba su acción revolucionaria a la realidad de su país. Quería que en la China se cumpliera una revolución china así como en Rusia se cumple, desde hace siete años, una revolución rusa. Su conocimiento de la cultura y del pensamiento occidentales no desnacionalizaba, no desarraigaba su alma al mismo tiempo profundamente

china y profundamente humana. Doctor de una universidad norteamericana, frente al imperialismo yanqui, frente al orgullo occidental, prefería sentirse solo un coolí.



General Wu-Pei-Fu, ex-dictador del Norte de la China.

Sirvió austera, abnegada y dignamente el ideal de su pueblo, de su generación y de su época. Y a este ideal dió toda su capacidad y toda su vida.

J O S E C A R L O S M A R I A T E G U I

An advertisement for a medicine called ANEMIA. On the left is a circular portrait of a woman with styled hair. To the right of the portrait, the word "ANEMIA" is written in large, bold, black letters. Below it, in smaller letters, are the words "DEBILIDAD, NEURASTENIA, TISIS". Underneath that, it says "Todos los Medicos proclaman que". Then, "el VINO y el JARABE" is written on the left, and "DESCHIENS" is written in large letters in the center. To the right of "DESCHIENS" is "á la Hemoglobina". Below "DESCHIENS" is "(PARIS)" and "CURAN SIEMPRE" is written at the bottom right of the advertisement.

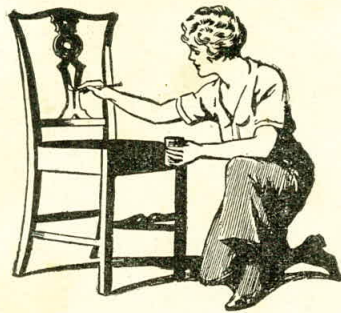
Dolores de Riñones

Millares de hombres, mujeres y niños mueren cada año de afecciones nefríticas, mientras aun más vienen sufriendo dolores casi insoportables. Es difícil juzgar en qué medida pudieran evitarse estos sufrimientos y estas muertes si se tomasen las Píldoras De Witt, pero cierto es que muchos que antes padecían estos dolores están aún vivos y gozando de buena salud, gracias al empleo oportuno de este remedio.

Vd. puede obtener una cajita de Píldoras De Witt de su farmacia á un precio muy reducido y si las toma de acuerdo con las instrucciones se hallará dentro de poco sin el más mínimo vestigio de desórden nefrítico. Las Píldoras De Witt actúan directamente sobre los riñones, calmándolos, curándolos, fortificándolos y poniéndolos en estado de evacuar de su cuerpo el ácido úrico venenoso que es tan nocivo á su salud.

LAS PILDORAS DE WITT CURAN LOS Dolores de Riñones

y son tambien un remedio eficaz contra el Reumatismo, el Dolor de Espalda, el Lumbago, la Ciática, la Gota y la mayor parte de los desórdenes nefríticos y de la vejiga. Las Píldoras De Witt son un remedio verdadero, pues pasan por los riñones, que no, como la mayor parte de las píldoras para los riñones, por los intestinos. Viendo aquel color azulado sombrío, se sabe sin duda alguna que las Píldoras De Witt han ejercido su acción curativa sobre el origen del mal — los riñones. Puédense obtener estas píldoras de F. Gallese, 42, Calle Arzobispo; Fco. M. Oliva & Cia., Antigua Droguería Italiana; Nonomiya Shorten, Casilla de Correo 328; Dr. O. Wagner, Botica Inglesa, Lima, y otras farmacias en todas partes del mundo.



Torne sus muebles tan brillantes como cuando nuevos

ES muy rara la casa en que no exista algunos muebles antiguos que sus dueños deseen conservar por ser herencia de familia o por cualquier otro motivo. Pero ya muy viejos y estropeados con el uso alguien intenta restaurarlos barnizándolos de muy mala manera.

Dadles un retoque con "SAPOLIN", y vereis con cuanta facilidad producirá el atractivo y deleite de las cosas nuevas.

Sapolin se prepara en una variedad de colores y es fácil de aplicar.

Se vende en todo almacén que venda pinturas. Búsquese siempre la marca "SAPOLIN". Evite las imitaciones.



ESMALTE SAPOLIN

(Acabado Porcelana en blanco, negro y demás colores)

Además:

- Pintura de Lustre SAPOLIN para Carruajes
- Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor
- Esmalte SAPOLIN para Tinas de Baño
- Esmalte de Aluminio SAPOLIN
- Tinte de Lustre SAPOLIN
- Lustre de Plata SAPOLIN
- Colores lustrosos SAPOLIN para Pisos y Maderas
- Lustre de Oro SAPOLIN etc. etc.

Fabricantes: Gerstendorfer Bros.
Nueva York, E. U. A.

Fabricamos también el Esmalte de Oro, lavable, que lleva por nombre "Our Favorite". De económica y fácil aplicación y el mejor sustituto del legítimo oro en hojas. 1